



Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo

COLECCIÓN DISCIPULADO
VOLUMEN I

Patricio Merino Beas

Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo

Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo

COLECCIÓN DISCIPULADO
VOLUMEN I

Patricio Merino Beas



Merino Beas, Patricio Andrés

Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo / Patricio Andrés Merino Beas – Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2015.

87 páginas – (Colección Discipulado; Vol. 1)

Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-958-631-894-5

1. Mesías 2. Jesucristo 3. Vida Cristiana I. Universidad Santo Tomás (Colombia). II. Título III. Colección.

CDD 232

Co-BoUST

© Autor

Patricio Merino Beas

© Universidad Santo Tomás, 2015

Ediciones USTA

Carrera 13 n.º 54-39

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: (+571) 587 8797, ext. 2991

editorial@usantotomas.edu.co

<http://www.editorial-usta.edu.co>

Director editorial: Daniel Mauricio Blanco Betancourt

Coordinación de libros: Marco Giraldo Barreto (coordinador), Lorena Castro Castro (asistente editorial)

Diseño y diagramación: Sylvana Silvana Blanco Estrada

Corrección ortotipográfica: Lorena Castro Castro

Imagen de portada: Icono de Cristo y San Menas, Iglesia Copta, Museo del Louvre.

Disponible en <http://www.artehistoria.com/v2/obras/8895.htm>

Impresión: Itedris División Impresos

Hecho el depósito que establece la ley

e-ISBN: 978-958-631-894-5

Impreso en Colombia • Printed in Colombia

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,

por cualquier medio, sin la autorización

expresa del titular de los derechos.



Contenido

Introducción y metodología	7
1. Jesús es el mesías (Cristo) esperado	11
2. Jesús de Nazaret	19
3. El mensaje y las acciones de Jesús	29
4. Las opciones y actitudes de Jesús	37
5. La pasión, muerte y resurrección-exaltación de Jesús: El Misterio Pascual	47
6. “¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo!” (Mt. 16, 16)	59
7. ¡Hemos encontrado al mesías! (Jn. 1, 41)	75
Bibliografía sugerida	87

**“Y vosotros ¿quién decís que soy yo?
Simón Pedro contestó:
Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo”**

(Mt. 16, 15-16)

Introducción y metodología

Jesús tiene una personalidad que atrae. Es muy raro encontrar a alguien que no se interese o que no tenga respeto por el nombre de Jesús. Las motivaciones de ello pueden ser distintas, pero nadie queda indiferente cuando escucha hablar de él, de su mensaje, obras y opciones. Todos los años aparecen libros, películas, documentales de televisión, revistas, reportajes, grupos de personas que se refieren a Jesús y todos tienen la pretensión de mostrarnos su verdadera personalidad e identidad, lo que dijo, lo que Jesús quería, etc.

Es tanta la información y tan variada entre sí, que hay preguntas que son permanentes: ¿quién es Jesús?, ¿cuál es su lugar en el plan de Dios?, ¿dónde podemos encontrarnos con él?, ¿quiénes nos lo pueden mostrar de manera fidedigna?, ¿dónde podemos encontrar su mensaje y su legado con veracidad?, ¿cuál es su mensaje y misión?, ¿qué implican su vida y sus obras para nosotros?

Estas y otras preguntas son las que intenta analizar, desarrollar y responder la cristología. Por eso, se la suele definir sencillamente como aquella rama de la teología que estudia a Jesús de una manera sistemática, y que desde la fe compartida de la Iglesia lo reconoce como el Cristo y el Señor. La Sagrada Escritura en el evangelio de Mateo y de Marcos (Mt. 16, 15-16 y Mc. 8, 29), nos testimonia que Jesús mismo hizo esa y otras preguntas a sus discípulos. Y que la respuesta no puede ser elaborada meramente de oídas, sino que siempre debe ser personal. Sin un encuentro y relación personal con Jesucristo, cualquier cosa que se diga de él y cualquier respuesta quedarán en la periferia y en una caricatura.

Un primer problema que la cristología busca resolver es el de las fuentes, es decir, dónde podemos obtener información veraz sobre Jesús. La palabra ‘información’ quizás despertó en ti un malestar... ¿Nosotros que creemos en Jesús, solo queremos “información” acerca de él, como si se tratara de cualquier cosa que nos da curiosidad? Seguramente no. Lo que realmente queremos es renovar nuestro encuentro con Jesús. En este sentido, conocerlo significa amarlo más, mejorar nuestra relación con él. Seguirlo en espíritu y verdad, y disfrutar nuestro discipulado o seguimiento de Jesús.

Es decir, porque tenemos fe no nos conformamos con tener información de Jesús, ni con saber “cositas” sobre él, no queremos ser cristianos a nuestra manera ni conocerle puramente de manera “nocional” o de “oídas”. Queremos entrar en relación con él. ¡Como la portada de este librito! En la que aparece Jesús abrazando a un discípulo. Ese discípulo puede ser cada uno de nosotros, que entra en una relación íntima con el Señor Jesús.

Ya el Antiguo Testamento nos muestra que Moisés, que hablaba a Dios como a un amigo, quería ver el rostro y la gloria de Dios (ver Ex. 33, 18-23). Simplificando la hondura del significado de ver el rostro de Dios, podemos decir que Moisés quería participar íntimamente de la vida de Dios, vivir en intimidad con Dios y disfrutar de su belleza. Dios con su pedagogía, sabiduría y paciencia le fue mostrando a Moisés y a todo su Pueblo que de esa intimidad, de la vida de Dios, de su belleza, de su gloria y de su gracia, no se participa de un modo estático, no es algo que se posea como se posee una cosa, sino que se trata de establecer una relación con él, se trata de caminar junto a él, porque él camina junto a nosotros. Se establece una relación en la que la fidelidad, la justicia, la misericordia, el amor son fundamentales. Por eso, conocer y ver el rostro de Dios tiene más bien que ver con un movimiento dinámico que se resume en el amor. Amar implica relación, estar juntos, es un proceso que involucra toda nuestra vida y todo nuestro ser: corporeidad, inteligencia, voluntad, memoria, sentimientos, afectos, etc. A Dios se le conoce amándolo.

Por eso, ya en la plenitud de los tiempos cuando Dios cumple plenamente sus promesas y nos envía a su Hijo y a su Espíritu (Gál. 4, 4-6; Hb. 1, 1ss; Rom. 8, 14-17; 1 Jn. 3, 1-2), él nos invita a entablar una relación nueva y más profunda: una relación filial, de hijos en el Hijo, en la cual Dios es nuestro Padre, gracias a que se nos da ese don por medio de su único Hijo y por el Espíritu Santo que habita en nuestros corazones.

Por esa misma razón, Jesús, el Hijo, no es que dé “cosas” ni “información” a sus discípulos, sino que los invita a que lo sigan, a pasar el día con él, a quedarse con él (ver Jn. 1, 35-42; Mc. 3, 13). Con todo esto lo que queremos decir es que sin un encuentro personal con Jesucristo, sin hacerse su discípulo, no es posible conocerlo-amarlo plenamente. Para responder adecuadamente a la pregunta “¿Quién es Jesús?”, necesitamos relacionarnos con él. Esta es también nuestra experiencia humana cotidiana: ¿quién conoce verdaderamente a alguien sino aquél que comparte la vida con esa persona?

Por ello, quienes fueron los discípulos de Jesús, aquellos que “comieron y bebieron con él”, aquellos que fueron testigos de su muerte y resurrección, aquellos que fueron probados en su fe, ellos son quienes nos transmiten más fielmente a Jesucristo. Por eso, los evangelios y la vida de los cristianos son las mejores fuentes para encontrarnos, conocer y llegar a amar a Jesús.

Por todo lo que hemos señalado, en este texto tan sencillo que tienes en tus manos hemos privilegiado mostrar a Jesús tal y como nos lo han transmitido sus discípulos. Sin que haya una oposición ni exclusión, no son las investigaciones históricas, ni las ciencias humanas, ni naturales las que nos pueden mostrar mejor a Jesús, sino la ciencia de la fe que se nos ha transmitido fielmente de generación en generación por los discípulos de Jesucristo.

Accedemos a Jesús por el encuentro con él, por medio de la fe; aquella fe que nos han transmitido y que nosotros hemos ido madurando a lo largo de toda la vida en nuestras familias y comunidades cristianas. Conocer y amar a Jesús, ser sus discípulos misioneros, esa es nuestra alegría. El encuentro con Jesucristo, que es siempre un don y una tarea permanente, tiene su base firme en la experiencia de quienes fueron los primeros en encontrarse con él, porque él mismo los llamó y les dio su Espíritu Santo. Nos referimos a sus primeros discípulos y apóstoles (ver Jn 1, 35-42). Estos primeros discípulos y apóstoles fueron, a su vez, transmitiendo su experiencia a otros. Al principio, esa tarea se hizo como predicación oral hasta que se pusieron por escrito el mensaje, las acciones de Jesús y la experiencia de encuentro con él. Estos escritos fueron reconocidos y acogidos por la comunidad cristiana como fieles exponentes de su fe. Así, nacieron los cuatro evangelios canónicos. Por eso, para los cristianos todo el Nuevo Testamento, pero principalmente los cuatro evangelios (Marcos, Mateo, Lucas y Juan), son las mejores fuentes para acceder a Jesús.

El texto que tienes en tus manos requiere la lectura personal y comunitaria de la Sagrada Escritura. Es una lectura guiada y ordenada por temas de cómo la Biblia y la tradición cristiana nos presentan a Jesús. El texto tiene su origen en las comunidades, parroquias y diócesis, donde, desde el año 1994, he podido participar como profesor en escuelas de la fe, diplomados para laicos y en distintas instancias formativas. Se trata, entonces, de la sistematización creyente que un cristiano presenta a sus hermanos, con la esperanza de que los motive a profundizar su relación con Jesucristo y, por ende, con el Padre y el Espíritu Santo. Yo mismo he sido motivado

para ello por tantos hermanos, profesores y maestros en la fe, es la cadena o río de gracia que, viniendo desde el mismo Jesús, sigue moviendo por obra del Espíritu a cada uno de nosotros como miembros de la Iglesia.

Sugerencias metodológicas y para buen provecho de este texto

1. Leer despacio y en actitud de fe los pasajes bíblicos que se indican entre paréntesis.
2. Te invitamos a profundizar todos los temas leyendo los números 430-682 del Catecismo de la Iglesia Católica.
3. Además de una lectura y estudio personal, es recomendable estudiar el texto de manera grupal.

1. Jesús es el mesías (Cristo) esperado

1.1. La espera del mesías prometido

Los evangelios nos muestran que la primera pregunta que Jesús les hizo a sus futuros discípulos fue: “¿Qué buscan?” (Jn. 1, 38). En el itinerario que nos lleva al encuentro con Jesús es importante preguntarse lo que esperamos y buscamos. Nuestra vida, nuestra situación, nuestras esperanzas y búsquedas le interesan a Jesús, le interesan a Dios. Nuestras búsquedas son presentadas de una manera muy sabia en toda la Sagrada Escritura, en concreto, nuestras esperanzas podemos verlas reflejadas en las búsquedas y esperanzas del Pueblo de Israel (en el Antiguo Testamento) y en los discípulos (en el Nuevo Testamento). En este primer momento, echaremos una mirada a las esperanzas del Pueblo de Israel, para ver cómo Dios se va autocomunicando y autodonando, pero a la vez cómo prepara el camino para donarse de manera plena, cómo cumple sus promesas, plenifica nuestras esperanzas y las dota de una sobreabundancia en la persona de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor, y del Espíritu Santo.

Para comprender en toda su hondura la identidad y el mensaje de Jesús, debemos introducirnos en la fe del Pueblo de Israel y en el Antiguo Testamento, porque Jesús mismo era judío, la mayoría de sus discípulos también lo era y muchas de las palabras, conceptos e ideas que utilizamos para referirnos a Jesús son del ámbito de comprensión judía. Profesamos que Jesús es el Mesías y, tanto la palabra Jesús, como mesías, son palabras de origen hebreo. Jesús quiere decir ‘Dios salva’ o ‘Dios justicia nuestra’ (ver Jr. 23, 6) y ‘Mesías’ (en hebreo, Masiah) significa “ungido”, luego esa palabra se tradujo al griego por “Cristo”. Así, mesías o Cristo significan el “Ungido” de Dios, el que cuenta con el poder y el favor de Dios. Por tanto, si no entendemos bien lo que implicaba para el Pueblo de Israel la espera del mesías, no comprenderíamos tampoco que queremos decir cuando decimos: “Creo en Jesús el Cristo”.

La fe de Israel tenía como centro la alianza que Dios había hecho con ellos a través de Moisés y que estaba sellada en la entrega de la ley y la celebración de la pascua. Israel era su Pueblo y Yahvé era su Dios. Dios al crear todo eligió a toda la humanidad para que participara de la plenitud de su vida. No obstante, esta elección universal se hizo primicia en la historia del pueblo de Israel, con el fin de ir poco a poco preparando la salvación (vida plena por medio de la participación de la vida de Dios), la plenitud de vida para todos por medio del envío de su Hijo y del Espíritu Santo (ver

Gál. 4, 4-6). Esta preparación y también presencia de Dios comienza con la misma creación, luego se fue realizando por medio de personas, acciones y palabras, hasta que se concretó definitiva y plenamente en el acontecimiento de Jesucristo, su Hijo, y de su Espíritu. Por eso, hablamos de una historia de la salvación y de una pedagogía divina. Toda la historia de la salvación, por cuanto es el testimonio de la relación que Dios tuvo con distintos hombres y mujeres, por medio de las que Dios se autocomunicó y donó, son para nosotros relaciones vinculantes que, además, prepararon el camino a su propio Hijo, Jesucristo, nuestro Señor (Hb. 1, 1-3), en quien se selló de manera definitiva nuestra relación con Dios; ya no solo como creaturas, sino como hijos en el Hijo, inhabitados por su Espíritu Santo (Gál. 4, 4-7).

Yahvé, el Dios santo y glorioso, se hizo presente de tantas maneras, antes que todo, dando vida al crear el universo, luego eligiendo los patriarcas, jueces, reyes, sacerdotes y profetas para guiarnos hacia la comunión con Él; como también por medio de tantos signos de su presencia liberadora, por ejemplo, la liberación de la esclavitud (éxodo, alianza, celebración de la pascua) y la Torá. En medio de las distintas experiencias de fe vividas por el Pueblo de Israel, surgió la convicción de una presencia cada vez más cercana de Dios. Dios mismo se haría presente por medio de su “Ungido”, de su favorecido, de su mesías. En los mismos momentos en que Israel sufrió como nación una fuerte crisis, provocada por el destierro, allí se afianzó más la esperanza en que Dios actuaría de una manera definitiva y restauradora, surgiendo la esperanza en el mesías que llegaría en los últimos tiempos o tiempo escatológico.

1.2. Las distintas imágenes de cómo debía ser el mesías

La espera del mesías y la convicción de que Dios estaba presente en todos los acontecimientos de su historia hizo que se plasmaran distintas imágenes e ideas de cómo debía ser el futuro Mesías (ver Gén. 3, 15). Veremos que Jesús por una parte asumió y cumplió todas ellas, pero, por otro lado, las superó y les dio una profundidad inesperada, la profundidad que solo el Hijo verdadero de Dios podía darle. Solo a la luz de la fe pascual y de Pentecostés han podido los discípulos ver en toda su magnitud su identidad (continuidad en una mayor discontinuidad). Por ello, muchos

judíos no reconocieron en Jesús al mesías. El reconocimiento de que él cumple las expectativas mesiánicas y le da su verdadera hondura y sentido, no se da de manera automática, ni por lógica, ni por deducciones humanas, es necesario una relación íntima con él, un encuentro personal al que le sigue el discipulado. Este reconocimiento y la confesión de fe en Jesucristo es una gracia que viene del Padre (cf. Mt. 16, 13-17).

Miremos algunas de las distintas imágenes del mesías en el Antiguo Testamento. Estos textos bíblicos y otros son esenciales para comprender la buena noticia que nos trae el Nuevo Testamento y, en especial, los evangelios:

- Mesías rey, al estilo de David (2 Sam. 7, 1-17; Is. 7, 14; Miq. 4, 14 y ss.; Ag. 2, 23 y ss.). David fue el gran rey de Israel, elegido y dotado del favor de Dios, se convirtió en uno de los personajes más importantes para todo el pueblo de Israel. Dios, por medio del profeta Natán, le prometió una descendencia que reinaría sobre Israel. Por eso, esperaban que el futuro mesías fuera un rey descendiente de David. El rey debía ser un servidor que condujera a todo el Pueblo, en nombre de Dios y según los designios de Dios, a la vida de Dios. Así, al mesías se le diría: “Hijo de Dios” e “Hijo de David”. Es clara la importancia de estos textos en el lenguaje que usan los evangelios para hablar de Jesús como el mesías esperado.
- Mesías rey-sacerdote. Algunos identificaron a este mesías-rey, también como un rey-sacerdote, es decir, como aquel que por su vida y por su intercesión da una ofrenda agradable a Dios y trae la bendición para el Pueblo. Por esto, cobró gran importancia la figura de Melquisedec, como rey-sacerdote (Gén. 14, 17-20; Sal. 110). Los cristianos reconocemos a Jesús como ese sumo y eterno sacerdote quien se ofrece a sí mismo e intercede por todos (Hb. 4, 14-5, 9).
- Mesías rey-pastor. Otra figura asociada con la del mesías-rey, es la de un mesías rey y pastor de su pueblo que lo conduce a los buenos pastos y manantiales para que tenga vida (Jr. 23, 1-6; Ez. 34, 1-16). Como nos podemos dar cuenta, Jesús es rey, es el servidor que da la vida, es el buen pastor (Jn. 10, 1-18) que guía a las ovejas y nos da la vida en abundancia.

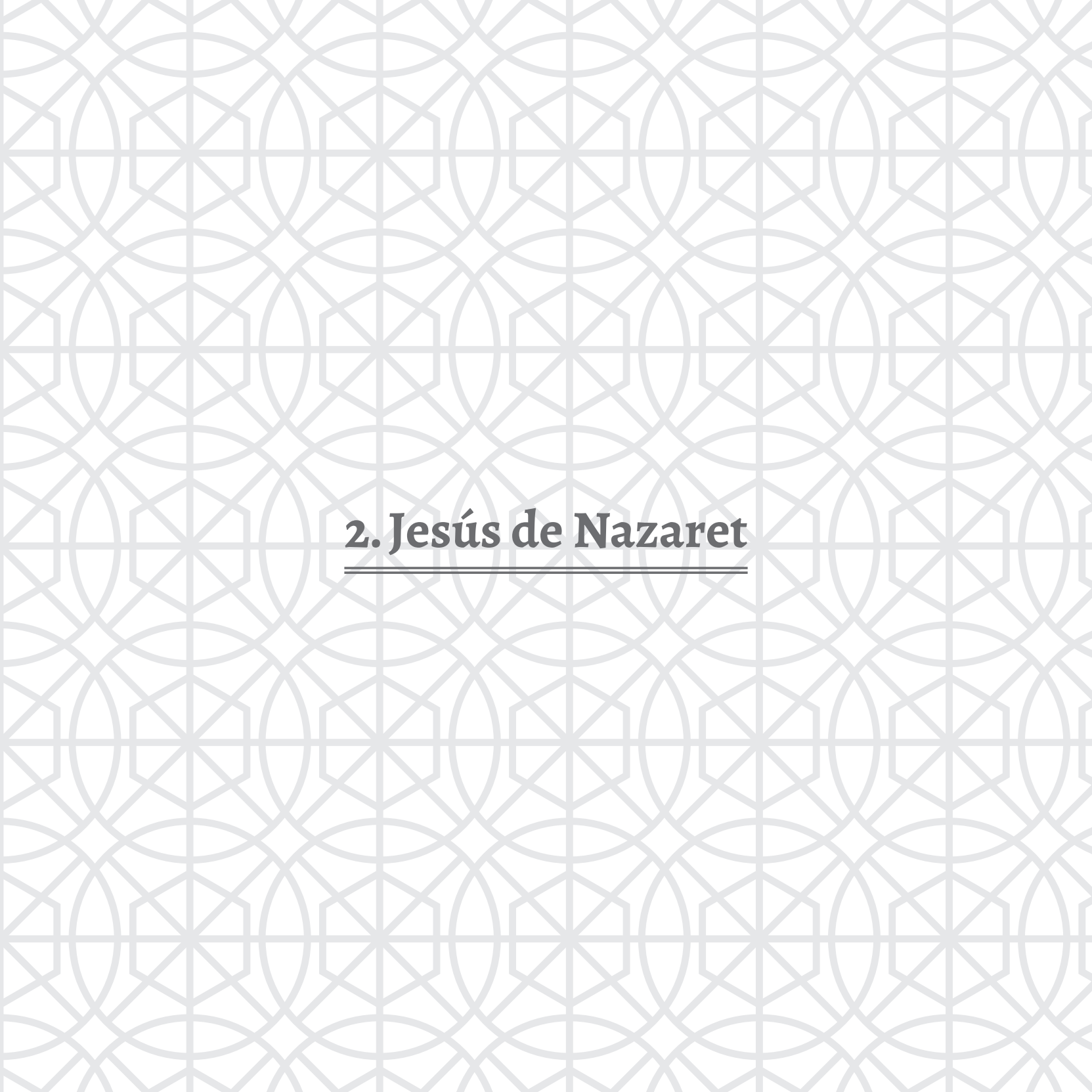
- Mesías profeta, como un nuevo Moisés (Dt. 18, 15-18; Is. 61, 1-3). Así como Moisés y los profetas hablaban en nombre de Dios y daban la ley y la palabra de Dios que da vida, del mismo modo, el mesías debía ser quien transmitiera la palabra de vida. Jesús no solo da esa palabra que libera al oprimido, da vista a los ciegos y la vida a quien no la tiene, y ofrece el año de gracia de Dios (Lc. 4, 16-19), sino que él “es la Palabra de Dios hecha carne” (ver Jn. 1, 1-14) y quien nos da las bienaventuranzas (ver Mt 5). Su vida entera, sus palabras y sus acciones hacen presente a Dios mismo y su reino.
- Mesías siervo sufriente o varón de dolores (Is. 42, 1-9; 49, 1-7; 50, 4-11; 52, 13-53, 12; Sal. 22). Aunque es más común la idea de un mesías poderoso a los ojos de los hombres, la verdad es que desde antiguo el profeta Isaías había prevenido de que el mesías de Dios no es a medida de los hombres, sino desde la sabiduría de Dios. Es decir, actúa más bien con sencillez. Jesús es el siervo sufriente que asume nuestros pecados, que carga con nuestro yugo diario y que nos eleva a la condición de hijos de Dios. Para acoger al Señor Jesús, al mesías, es necesaria la conversión, ver las cosas desde Dios, seguir su lógica y no la nuestra. Jesucristo es el siervo-Hijo que en su entrega en la cruz nos gana la vida de Dios y nos hace hijos en el Hijo.
- Otras imágenes y profecías sobre el mesías escatológico son las de Génesis (3, 15), donde en el contexto de la desgracia del pecado original surge la esperanza basada en la promesa de Dios de que un descendiente de mujer (de Eva) someterá a la serpiente, figura del tentador que conduce al pecado. También en Isaías (7, 14) se dice que nacerá de una “doncella” y que será llamado Emmanuel (“Dios con nosotros”). En Miqueas (5, 1-3) se dice que será un pastor que guiará con el poder de Dios. En Daniel (7, 9-14) aparece la famosa visión del “hijo de hombre” que reinará para siempre. Cabe destacar que a Jesús le gustaba mucho referirse a sí mismo como el “hijo de hombre” (por ejemplo, en Mt. 8, 20). Jesús es ese hijo de hombre a quien se le da el reino y el poder eternamente.

Para resumir, Jesús es el mesías (el Cristo) esperado, pero esta identidad solo se reconoce plenamente en el encuentro con él y por la gracia del Padre, bajo la acción del Espíritu Santo. Allí donde algunos ven solamente a un profeta, a un iluminado más, a un maestro o a un hombre de Dios, los cristianos vemos al Cristo, el Hijo del Dios vivo y verdadero, tal y como lo proclama Pedro en Mateo (16, 13-17): “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo”.

En este mismo sentido, es muy ilustrativo que leamos completo el capítulo 9 del Evangelio de Juan. El discípulo es aquel que, lavado-bautizado, encuentra la vida en Jesús, el “enviado” de Dios, es el que ve desde la luz de Dios (ver Sal. 36, 10), pero ante todo es el que lo reconoce como Señor (*Kyrios*, se dice en griego). Los primeros cristianos, además de dar a Jesús el título de “Cristo”, es decir, de mesías o ungido, le llamaban “Hijo de Dios” y “Señor”, porque su identidad no estaría suficientemente afirmada y realizada, si no le reconocemos como verdadero Dios- Hijo; es el Hijo de Dios no en sentido funcional, sino ontológica y verdaderamente. Él y el Padre tienen la misma dignidad divina (Jn. 10, 22-30; Mc. 15, 39). Por eso, Jesús es también Señor (Jn. 20, 28).

Actividades sugeridas

- Al comenzar la sesión se hace una ronda de preguntas: ¿cuáles son nuestras esperanzas?, ¿qué esperamos en esta vida y para qué?, ¿qué nos impide alcanzar eso que esperamos?, ¿dónde encontramos la plenitud de lo que esperamos y por qué?, ¿qué esperaba el Pueblo de Israel? Se deja opinar libremente y se va anotando lo más importante, para luego poder enlazar con el tema.
- Durante la sesión pueden formarse en grupos, leer los textos bíblicos citados y compartirlos. Cada grupo puede presentar algunas características del mesías esperado. Finalmente, comentar si Jesús cumple con ellas (semejanzas y diferencias). Destacar la profundidad y la novedad de cómo Jesús ejerce su ser mesías y Señor.

The background of the slide features a repeating geometric pattern. It consists of overlapping circles that create a series of hexagonal shapes in the negative space. The lines are thin and light gray, creating a subtle, textured effect across the entire page.

2. Jesús de Nazaret

2.1. Jesús es una persona (divina) real

A la pregunta de Jesús: “¿Qué buscan?”, los discípulos le respondieron: “Maestro ¿dónde vives?” (Jn. 1, 38). Es decir, es hora de ir a contemplar a Jesús, el proyecto de Jesús, el mensaje de Jesús. A Jesús se le conoce en una relación, siguiéndolo. No obstante, antes es bueno precisar que Jesús no es un mito, ni un fantasma, ni un extraterrestre, ni una idea, sino que es un personaje real y concreto, aunque trasciende la historia particular de su tiempo y tiene una dimensión universal. Es verdadero Dios, pero es Dios encarnado, asumió la naturaleza humana (ver Flp. 2, 5-11; Jn. 1, 1-14), nació de mujer (Gál. 4, 4). Por eso, decimos que es verdadero hombre y verdadero Dios.

Sabemos que los evangelios no son libros de historia, porque su objetivo no es entregar datos o información, sino transmitirnos a la persona de Jesús (su identidad y su misión) y todo lo necesario para que nos encontremos con él y tengamos fe. No obstante, encontramos en ellos muchos elementos históricos sobre Jesús, porque entre la persona de Jesús que vivió en el siglo I en Palestina y la persona de Jesús que nos transmite la fe cristiana hay una continuidad y una identidad (Hch. 2, 22-36). Nuestra fe en Jesús, transmitida por los evangelios y por la Iglesia, tiene al mismo Jesús como origen, fuente y contenido.

Sabemos por la Sagrada Escritura que Jesús nació cuando Herodes era rey de Judea (Lc. 1, 5) y murió en la época en que Poncio Pilatos era prefecto de Judea (Mc. 15, 1ss; Lc. 3, 1-2). Estos datos han permitido a los investigadores aproximarse a la fecha de nacimiento y muerte de Jesús (entre el 6 a. de C. y 30 d. de C.). Es claro, entonces, que Jesús fue un personaje histórico del que dan cuenta no solo los evangelios, sino también otras fuentes, tanto de historiadores no judíos (por ejemplo, Tácito, Suetonio, Plinio), como de historiadores y fuentes judías (Flavio Josefo, el Talmud).

A Jesús se le conoce por un encuentro personal con él, conocer a Jesús es estar con él: frente a los discípulos que querían ver donde vivía, Jesús les responde: “Vengan y verán... y se quedaron con él aquel día” (Jn. 1, 39).

Vayamos, entonces, a contemplar los distintos misterios de la vida de Jesús. Los evangelios nos muestran que Jesús nació en Belén de Judea (Lc. 2, 1 y ss.), pero que se crio y vivió la mayor parte de su vida en Nazaret (Lc. 2, 39-40), un pequeño pueblo que quedaba en la zona de Galilea y que era mucho más fértil que el resto de las regiones. Su familia era conocida: su madre es María y se creía que su padre era José (Mt. 1, 18-19). Luego de hacerse bautizar por Juan Bautista, comienza a recorrer las aldeas y pueblos, llamar discípulos, predicar el reinado de Dios y hacer milagros y signos (Mc. 1, 14 y ss.). Sabemos que tuvo discípulos, hombres y mujeres (Mc. 3, 13 y ss.; Lc. 10, 1 y ss.), que no formó familia propia, es decir, no se casó (Mt. 19, 10 y ss.). Subió a Jerusalén, donde fue arrestado, procesado y finalmente crucificado (Mc. 14-15). La fe que es capaz de ir más allá de los datos que puede dar la historia afirma que posteriormente resucitó al tercer día, que se dejó ver por muchos testigos (Mc. 16, 1 y ss.), quienes nos transmitieron esta experiencia de la resurrección y su exaltación (Lc. 24, 13 y ss.).

2.2. La anunciación y el nacimiento de Jesús

El origen de una persona es muy importante porque forma parte de su identidad. ¿Cuál es el origen de Jesús? Desde el principio, los evangelios nos muestran el misterio de la persona de Jesucristo: engendrado eternamente en el seno del Padre; en cuanto es el verbo encarnado (Jn. 1, 1-14), nacido de mujer (Gál. 4, 4). Esta realidad es la que nos permitirá entender el misterio de su única persona divina en dos naturalezas: perfecto en lo humano y perfecto en lo divino, verdadero hombre y verdadero Dios (ver Concilio de Calcedonia).

Los evangelios nos dejan claro que Jesús es hombre, porque nace de María según la carne, pero también que pertenece al ámbito de Dios, porque proviene de Dios desde toda la eternidad; no es engendrado por José, sino que es del Espíritu Santo. Los pasajes acerca de la anunciación (Lc. 1, 26 y ss.) y el nacimiento de Jesús (Mt. 2, 1 y ss.; Lc. 2, 1 y ss.) nos dan cuenta de ello.

El evangelio de Mateo comienza con una genealogía de Jesús (Mt. 1, 1 y ss.): vincula a Jesús con David, para dejarnos claro que Jesús es el descendiente esperado (ya desde Abraham) para reinar

sobre Israel, es decir, que Jesús es el mesías prometido. No obstante, también deja clara una novedad, José es el “esposo de María de la que nació Jesús” (Mt. 1, 16) y luego agrega: “y antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta”, es decir, José no tuvo participación directa en la concepción de Jesús. Él es el mesías, pero es el Hijo de Dios y no de José; es Dios, porque viene del Espíritu Santo y es hombre, porque nace de María (ver Mt. 1, 20-21).

Lucas nos relata más o menos lo mismo, con algunos énfasis distintos. Lucas era de origen griego y no judío, esto es interesante, porque al mostrarnos que Jesús es el mesías esperado nos recuerda que es el salvador de todos los seres humanos y no solo de los judíos, por eso en su genealogía vincula a Jesús con Adán, padre de todos los seres humanos (ver Lc. 3, 23-28). Además, Lucas va haciendo un paralelo entre Juan Bautista y Jesús (Lc. 1, 5-25; 1, 26-38), mostrándonos la grandeza de Juan Bautista, como hombre y como profeta, como precursor del mesías. En la anunciación nos muestra la centralidad de María, como discípula de Dios, como aquella que, a diferencia de Eva, escucha a Dios. Escuchar y acoger la gracia de Dios tiene como consecuencia cosas maravillosas, hace brotar cánticos de alegría y agradecimiento (ver Lc. 1, 46 y ss.).

Ya hemos visto que Jesús nace en Belén: Jesús es el mesías (ver Miq. 5, 1-3; Lc.2, 1 y ss.). Belén y la forma del nacimiento de Jesús, el Señor, nos hablan de las opciones de Dios. El Hijo de Dios nace pobre y entre los pobres; hay en este hecho una elocuencia que nunca nos cansaremos de contemplar y de admirar. A Jesús lo adoran reyes de oriente (Mt. 2, 1 y ss.), como signo de la identidad y misión de Jesús; él es el salvador y Señor de todos los seres humanos. Además, es interesante constatar lo siguiente: tal y como los reyes de oriente al encontrarse con Jesús “vuelven por otro camino” (Mt. 2, 12), del mismo modo, toda persona que se encuentra con el Señor Jesús debería cambiar su vida. Aunque se vuelva al mismo sitio de antes, con las mismas personas y las mismas circunstancias, nuestra vida y la forma de verla ya no deberían ser iguales: debería seguir por otro camino, el camino de la conversión y el discipulado.

Finalmente, reparemos en el nombre “Jesús”, este nombre indicado por el Ángel a José (Mt. 1, 21) nuevamente nos habla de la identidad y la misión de Jesús. Su nombre significa ‘Dios salva’, es el salvador y ha venido a darnos la vida plena de Dios.

2.3. La infancia de Jesús y la profundidad de Nazaret

Los evangelios nos dicen muy poco de la infancia de Jesús, esto ha servido para que la imaginación y las teorías al respecto sean muy creativas. Muchos se han fiado de libros y evangelios apócrifos para saciar su curiosidad, pero ignoran que la mayoría de estos libros más que hablarnos de Jesús nos hablan de las propias fantasías y/o filosofías de los que las escribieron.

La verdad es que los evangelios canónicos que son la fuente más fidedigna, nos dicen que Jesús estuvo algún tiempo junto a sus padres en Egipto (Mt. 2, 13-18), hasta allí tuvieron que ir huyendo de la persecución de Herodes, por lo tanto, supieron lo que era ser migrantes y extranjeros. Luego, regresaron a la ciudad de Nazaret, donde Jesús creció (Lc. 3, 19-23). Nazaret fue, por lo tanto, la pequeña aldea donde pasaron la mayor parte de su vida (por eso, decimos: “Jesús de Nazaret” y “la familia de Nazaret”). Allí Jesús “crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría y la gracia de Dios estaba sobre él” (Lc. 2, 40).

Nazaret encierra para todos nosotros una gran sabiduría porque Jesús pudo haber salido mucho antes de allí y hacer el bien a muchas más personas, también podría haber elegido una ciudad y una vida más “interesante”. Sin embargo, estuvo allí la mayor parte de su vida (Lc. 2, 51-52). Quizás este gran misterio nos ayude a ver en la cotidianidad de nuestra vida una presencia de Dios, que nos invita a ser fieles en lo poco. En efecto, la mayoría de nuestras vidas no son extraordinarias, sino más bien “monótonas”, estamos con las mismas personas, trabajamos más o menos en lo mismo de siempre, aunque haya momentos “diferentes” que suelen durar poco y después de los cuales debemos regresar a la rutina. Pues bien, Nazaret y la familia de Jesús nos muestran que ahí hay una presencia salvadora de Dios, que estamos llamados a descubrir en la cotidianidad esa presencia de Dios. En esa cotidianidad monótona podemos vivir la obediencia a Dios y el discipulado que nos da la vida plena. En la sencillez se manifiesta Dios y nos podemos encontrar con él.

Lucas nos da más datos y nos dice que Jesús subió a Jerusalén con sus padres, eran una familia religiosa que peregrinaba al Templo de Jerusalén. Allí, Jesús mostró su identidad al encontrarse en medio de los conocedores de la ley. Toda su vida, ya desde su niñez, fue ocuparse

de las cosas de su Padre (Lc. 2, 46-50), de hacer presente el reino de Dios y comunicarnos la vida de Dios. Jesús sorprende, pero de manera muy sencilla: viviendo el día a día en relación íntima con sus padres y con su Padre.

2.4. El bautismo y las tentaciones de Jesús

Con los episodios o misterios del bautismo y las tentaciones de Jesús, iniciamos el recorrido por la denominada vida pública de Jesús.

Los evangelios nos relatan el bautismo de Jesús (Mc. 1, 9-11; Mt. 3, 13-17; Lc. 3, 21-22). Juan el Bautista predicaba un bautismo como signo de conversión para el perdón de los pecados. Y Jesús se hace bautizar por él y así comienza a revelar públicamente su identidad y misión: en solidaridad con los hombres, él, que no tiene pecado, asume los pecados y males de los seres humanos, para cargarlos sobre él y liberarnos de ellos, por medio de su entrega amorosa. Puede comprenderse correctamente el bautismo de Jesús si lo miramos desde la imagen de Jesús como el “siervo sufriente” (Is. 52, 13 y ss.) del que hablamos en el primer capítulo. En efecto, Jesús que no tenía pecado, asume el pecado de todos; por eso, el mismo Juan Bautista lo señala como: “el cordero de Dios” (Jn. 1, 36), invocación y reconocimiento que nosotros realizamos en cada Eucaristía poco antes de comulgar. Por otra parte, es el Padre quien da testimonio de la identidad de Jesús, al mostrarlo como su Hijo ungido por el Espíritu Santo (ver Mc. 1, 10-11).

El bautismo recibido por Jesús, que es el que daba Juan, no debe ser confundido con nuestro bautismo. Nuestro bautismo cristiano es el Trinitario (en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es el bautismo en Espíritu y verdad), que nos une a Jesús anticipando nuestra muerte y resurrección, que nos perdona los pecados y nos da la vida nueva de hijos de Dios, por medio del derramamiento de su Espíritu Santo (ver Mt. 28, 19).

El bautismo de Jesús, según lo que nos transmiten los evangelios, es un acontecimiento que nos habla de la identidad de Jesús y de la identidad de Dios. Jesús es el Cristo y es el Hijo, y Dios se

nos revela ahí como Santísima Trinidad: un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La salvación, la vida que Dios nos quiere regalar, es obra y comunión de y con toda la Santísima Trinidad; es decir, obra del Padre que unge (la voz), del Hijo que es el ungido (Jesús en el río) y del Espíritu Santo que es la unción misma (simbolizado por la paloma). Asimismo, para revelarnos la única e íntima relación que existe entre Jesús y Dios Padre, se nos dice refiriéndose a Jesús: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (Mc. 1, 11).

Jesús padeció tentaciones (Lc. 4, 1 y ss.; Mt. 4, 1 y ss.; Mc. 1, 12-13). Si en el bautismo de Jesús queda clara la identidad de Jesús y su misión –porque él es el mesías Hijo y nuestro salvador–, las tentaciones nos muestran que ese camino es ante todo libremente asumido y en fidelidad a su Padre. Jesús es quien todo lo recibe del Padre, su ser mesías no es a imagen de los hombres, sino de Dios y su voluntad (ver Jn. 4, 34).

El Espíritu Santo es quien va conduciendo a Jesús y lo mantiene fiel a su identidad y a la voluntad del Padre durante toda su vida terrena. Tanto “el tener” y “el poder” en sus distintas manifestaciones, como el poner la confianza y seguridades en lo que no es Dios serán siempre tentadores para nosotros. Todas las tentaciones que sufrimos podrían ser una oportunidad para asumir libremente nuestro seguimiento de Jesús y para dejar que el Espíritu Santo vaya asemejándonos (conformándonos) al Hijo.

Por eso, en la oración del Padre Nuestro no pedimos que nos libre de las tentaciones, sino que no nos deje caer en ellas, es decir, que nunca dejemos de ser hijos y de poner toda nuestra confianza en el poder y el amor del Padre. El estilo de Jesús es el servicio, la entrega, la misericordia, el poner su confianza solo en el Padre. Su obediencia, al contrario de los que podría pensarse, es el ejercicio de su plena libertad. Obedece, porque su libertad coincide en todo con la del Padre. Libremente se entrega, libremente se da. Dios es amor y constantemente es entrega y comunicación de sí mismo para nosotros. Por eso, Jesús, aunque es tentado por el demonio, lo rechaza. La vida verdadera está en buscar la puerta angosta de la fidelidad y el amor a Dios, que se traducen en vivir como hijos suyos. Allí está nuestra alegría y nuestro gozo. Jesús pone siempre como ejemplo a los niños, porque ellos todo lo reciben, lo esperan, confían. Por lo anterior, ser como niños es distinto de ser infantiles.

Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo

De la misma manera que ocurrió con Jesús, todos nosotros en el camino del discipulado y de la misión sufrimos tentaciones. También el Espíritu Santo nos anima y fortalece en este camino. Contamos para no caer en ellas con herramientas; una de ellas es la oración (Lc. 11, 1-4).

Actividades sugeridas

- Al comenzar el encuentro, pueden hacerse las siguientes preguntas para motivar: ¿qué sabemos de Jesús? ¿Qué libros, películas o documentales que conocemos hablan de Jesús? ¿Qué se dice sobre él en ellos? ¿Coinciden los datos allí dados con lo que nos presentan los Evangelios?
- Al final puede hacerse una reflexión y dar algunas aplicaciones a nuestra vida diaria. Cada uno en silencio puede preguntarse, por ejemplo: ¿cada uno de nosotros dónde busca a Jesús?, ¿cuáles han sido nuestros momentos de encuentro con Jesús más importantes? Si nosotros fuéramos los reyes de oriente, ¿cuál sería el otro camino por el que tendríamos que regresar?, ¿cuáles son las tentaciones más significativas que afectan nuestro discipulado y nuestra misión?, ¿cómo cada uno puede vivir más feliz y fielmente su propio Nazaret? Si el grupo es de confianza y se da la situación, podrían compartirse algunos testimonios.

3. El mensaje y las acciones de Jesús

3.1. Jesús predica el reino de Dios

Si como los primeros discípulos de Jesús pasamos todo el día junto a él (Jn. 1, 39), es decir, si nos asomamos a su intimidad, contemplamos su vida, su mensaje y sus acciones, entonces, veremos que Jesús estaba volcado a la predicación y a hacer presente el reino de Dios.

El motivo fundamental del mensaje de Jesús fue la llegada del reino de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca, convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc. 1, 14-15). Nosotros estamos acostumbrados a que nos den definiciones de las cosas y conceptos, y nos gustaría tener una definición de qué es el reino de Dios. Sin embargo, Jesús no nos da una definición, porque el reino de Dios más que “algo”, es el señorío, la presencia amorosa, poderosa, liberadora y dadora de vida de Dios mismo que se hace presente en y con Jesús. De ahí que se entienda no como un lugar delimitado geográficamente, sino como el establecimiento y reconocimiento del señorío de Dios que hay que acoger.

¡Esta es la buena noticia! Con Jesús irrumpe el poder amoroso de Dios. El reino debe entenderse sobre todo como el señorío-autoridad y poder de Dios que se hace presente para dar vida, justicia, paz y libertad. Como veremos, Jesús habla y nos explica el reino por medio de las parábolas y lo hace presente por medio de sus acciones y signos-milagros, como signos de la presencia poderosa y liberadora de Dios.

La esperanza de la llegada del reino de Dios hunde sus raíces en el Antiguo Testamento, en las ideas sobre la realeza y el señorío de Yahvé sobre Israel y sobre el mundo. Yahvé es el verdadero rey de Israel (ver 1 Sam. 8, 7; 12, 12). Y si hay un rey, éste debe ser fiel a Dios y servir al pueblo de Dios en nombre de Yahvé. Si estos no eran fieles, los profetas los denunciaban (ver 2 Sam. 12, 1-15; Jr. 22, 10-30; Jr. 23). Frente a la mala actuación de los reyes y quienes tenían el deber de cuidar y conducir al Pueblo, Dios hizo la promesa, y de ahí la esperanza surgida, de que vendría un “rey justo” (Jr. 23, 5-6; Is. 11, 1-9), que se haría presente como un “pastor que vela por su rebaño” (Ez. 34, 11). Reinaría con el poder de Dios un “hijo de hombre”, al final de los tiempos, a quien se le daría todo el poder y gloria (ver Dan. 7, 9-14).

Estas promesas se cumplen ahora con la presencia de Jesús; con sus palabras y sus acciones se realizan los signos de la llegada del reino: “los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se predica a los pobres la buena nueva” (Lc. 4, 16 y ss.; Mt. 11, 5; ver Is. 35, 5; 61, 1 y ss.). La salvación esperada se hace presente en Jesucristo, en su comportamiento y destino, en su existencia y en su persona.

Jesús entendía el reino desde su singularísima relación con el Padre, su propio destino y vida hacen presente el reinado de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios ha llegado” (Mt. 4, 17). Con Jesús estamos en el tiempo de la llegada del reino; el tiempo actual, aunque como una semilla de mostaza, pequeña, pero cualificada por el hecho de que el reino de Dios está viniendo y exige de nosotros su acogida y nuestra conversión. Aunque con Jesús se inaugura el reino, algunos textos nos hablan del reino como aún por venir (Mc. 1, 15; Lc. 10, 9.11). Esta tensión entre reino presente y venidero, recogido en la expresión teológica: “ya, pero todavía no”, se entiende mejor con la parábola del sembrador o la semilla que crece (leer Mc. 4, 1 y ss.). En otras palabras, el reino que irrumpe con Jesucristo va poco a poco creciendo, es siempre don gratuito de Dios que debe acogerse. Puede que su presencia casi no se note, pero es poderosa e irrevocable. Con y en Jesús el reino ha llegado, pero se espera su plenitud en la consumación con su segunda venida. Por ello, nos encontramos en un tiempo intermedio, entre el “ya” de la presencia del reino (por medio de la presencia de Jesucristo) y el “todavía” por venir en plenitud (su segunda venida en gloria). Hay que aprender a “ver” la presencia de Dios y su reino (ver Mt. 16, 1-4).

Jesús proclama el reino por medio de parábolas, él enseñaba de forma muy sencilla por medio de ejemplos e historias cotidianas con las que quería transmitirnos:

- a. El rostro del Dios del reino (Dios es Padre),
- b. La identidad del hombre y la mujer del reino (discípulos, hijos) y,
- c. Cómo es la nueva relación que por la fe podemos tener con Dios (filiación adoptiva, somos sus hijos, sus niños y discípulos porque tenemos su Espíritu).

Por medio de las parábolas, el oyente se sentía identificado, llamado y protagonista del mensaje de Jesús.

Te invitamos, entonces, a que leas las parábolas con fe y te encuentres con el mensaje de Jesús. Por ejemplo, puedes leer: Mc. 4; Mt. 13; Lc. 15. A cada parábola de los evangelios podemos preguntarle: ¿qué dice Jesús del reino?, ¿qué dice de Dios?, ¿qué dice de los personajes nombrados en la parábola?, ¿quién y cómo es el hombre y la mujer que entran en el reino?

El reinado de Dios es el centro de la vida de Jesús, porque el reinado de Dios presente en él nos permite entrar en comunión con Dios y gustar la vida de Dios. Por eso, en el fondo, la salvación no es otra cosa que, estando en comunión con el Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo, tener vida plena, la vida de Dios (Jn. 16, 4; 3, 15-17). Salvación es tener la vida, la vida plena, la vida que solo nos puede dar Dios y que se encuentra en comunión con él, como don, como gracia.

3.2. Las características del reino

El centro del reino es Dios mismo y Jesús nos invita a acogerlo convirtiéndonos (cambiando de vida), su presencia se nota en que nos hacemos discípulos suyos. El reino de Dios tiene un carácter teológico, por eso, el centro de la esperanza es Dios que está cerca; como hemos dicho, se trata de su señorío y de su gloria que se manifiestan. El reino y sus signos nos hablan de Dios, del Dios de Jesús, cuyo rostro más característico se refleja en el uso que Jesús hace del término Abba (papá) y del Padre nuestro (ver Mc. 14, 36; Lc. 11, 2; Mt. 11, 25; Mt. 6, 9, etc.). El señorío de Dios se manifiesta en el amor, la gloria de Dios se muestra en su libertad soberana para el amor que da vida y perdona los pecados. Dios es amor y misericordia (1 Jn. 4, 7-10). Frente a esta manifestación de Dios, lo que Jesús pide es convertirse y creer (ver Mc. 1, 15). Confiar en el poder y justicia de Dios que actúan en Jesús y que se hace lugar en la historia. Jesús llama a seguirlo, el discipulado es la forma de vida del hombre y la mujer del reino, el discípulo se alegra y goza con los valores del reino. Disfruta de la relación con Dios que es en sí mismo relación y que establece relaciones con todas sus creaturas, Dios es amor (1 Jn. 4, 7-21).

El reino significa para nosotros la oferta de Dios para entrar en comunión con él, es decir, es salvación para nosotros, porque es la fuente de vida plena que nos la comparte. El reinado de Dios

es motivo de alegría y de salvación (ver Mc. 1, 14; 14, 9; Mt. 4, 23; 9, 35; 24, 14), con su anuncio del reinado de Dios Jesús proclama el cumplimiento de todas las esperanzas, ansias y anhelos, en aras de un cambio fundamental de todas las situaciones y con vistas a un comienzo nuevo incomparable.

Jesús es, en su manera de actuar, muy elocuente, manifiesta especial cercanía con los pecadores, pobres, enfermos, excluidos y marginados (ver Mc. 9, 42; Mt. 10, 42). El reino se identifica con la vida (ver Mc. 9, 43.45; Lc. 18, 18). Es tiempo de salvación que comienza y que es motivo de alegría. Experimentar la misericordia y el perdón de Dios es sentirse y saberse acogido, amado y reconocido. El amor y el perdón que comienzan también a manifestarse entre los hombres, capacitados por su amor y perdón, constituyen nuevos signos del triunfo frente a los poderes dominadores. El amor es el nuevo comienzo y la acreditación de la salvación y la nueva creación que llevan la impronta de la vida, la libertad, la paz y la reconciliación. No se trata de lo que nosotros debemos hacer por Dios y su reino, sino de lo que Dios ha hecho por nosotros. Él nos atrae y seduce. Esta atracción nos mueve victoriosamente. La fe que se goza y disfruta del Señor, luego obra por la caridad (ver Gál. 5, 6).

El reino de Dios se manifiesta “kenóticamente” (en el despojo, en el abajamiento, en la humildad). Tiene una apariencia insignificante, se encuentra en lo pequeño, así es el estilo de Dios. Pero también es, paradójicamente, poderoso. Así nos lo transmiten las parábolas de Jesús, las más conocidas son las del grano de mostaza y la del sembrador de la semilla. El reino de Dios irrumpe silenciosamente en medio de un mundo que no lo deja entrever, tiene una apariencia sencilla, insignificante tal vez, un crecimiento oculto a los ojos descuidados. ¡Jesús nos enseña a ver la vida con los ojos de Dios!

Es más, Jesús advierte que su proclamación del reino es bien recibida solo por los pequeños que se agrupan en torno a él (ver Mc. 11, 11), el reino de Dios sufre oposición y violencia (ver Mt. 11, 12 y ss.; Lc. 16, 16), llega como un misterio casi imperceptible (ver Mc. 4, 10). En cualquier caso, no llega de modo espectacular sino que está entre nosotros (ver Lc. 17, 20 y ss.), de tal manera que hay que creer en su cercanía e inferirlo por los signos de los tiempos (Lc. 12, 54; Mt. 13, 28 y ss.).

El reino de Dios se da en valores y acciones concretas, tales como la justicia, la verdad, la paz, en amar al estilo de Jesús, en la lucha a favor de la vida, en estar de lado de los que sufren, de los pobres, de los marginados y excluidos; por tanto, abarca las esferas de la vida personal y social

(ver Lc. 19, 8-10). Exige, como dijimos, la conversión, el compromiso y un nuevo estilo de vida que se refleja en el discipulado. Exige poner en práctica la Palabra de Dios (Mc. 7, 21-2; 13, 18-23); vivir las bienaventuranzas (Mt. 5, 1 y ss; Lc. 6, 20 y ss.); ser luz del mundo y sal de la tierra (Mt. 5, 13-16); desprenderse de las riquezas (Lc. 18, 21-27); hacerse prójimo de los demás (Lc. 10, 29 y ss.).

El reino de Dios provoca tensiones. Es lo que vivió Jesús al ser acusado de endemoniado (Mt. 12, 22-28; Jn. 10, 19-21), de comilón y borracho (Lc. 7, 31-35), de estar fuera de sí (Mc. 3, 21), de ser revoltoso (Lc. 23, 2). Jesús hace el bien y es perseguido y quieren matarle (Jn. 10, 31-33), él anuncia que realizar su misión traerá tensión (Lc. 12, 51-53; Mt. 10, 34-36; Jn. 14, 27), pero el reino de Dios triunfa.

3.3. Los milagros y las acciones de Jesús son signos de la presencia del reino

Siempre decimos que es fácil hablar, pero muy difícil actuar. Jesús fue muy coherente, era una persona creíble, porque decía y hacía. En él obraba el poder de Dios, la fuerza de Dios, el Espíritu de Dios; en todos sus acciones y milagros se mostraba el poder del reino de Dios que se hacía presente con él (Mt. 12, 28; Lc. 11, 20; Hch. 1, 1; 2, 22).

Aunque los milagros que Jesús realizó y continúa realizando, nos muestran su identidad de Hijo de Dios, que tiene poder divino, hay que decir que esos milagros ante todo son signos de la presencia de Dios que actúa. Lo que Jesús predicaba con las parábolas, los milagros lo muestran: el reinado poderoso, amoroso y el señorío de Dios, a quien todo se somete para la vida plena de los hombres y mujeres.

Así lo muestran las numerosas curaciones hechas por Jesús, por ejemplo: la curación del paralítico sirve para mostrar el realismo del amor de Dios que perdona los pecados (Mc. 2, 1 y ss.), la multiplicación de los panes nos muestran la abundancia de la vida de Dios que se nos da

por medio de Jesús (Jn. 6, 1 y ss.), la curación del ciego de nacimiento nos muestra que Jesús es la luz del mundo que permite reconocer la vida nueva que él nos trae y vivirla (Jn. 9, 1 y ss.).

En todo caso, el gran signo y el definitivo es su muerte y resurrección, que nos muestra que Dios triunfa y tiene la última palabra. En la resurrección, él hace nuevas todas las cosas. Dios quiere que tengamos vida y en abundancia: “la gente se alegraba por los milagros que hacía” (Mt. 13, 17). Toda la vida de Jesús, todos sus signos, encuentran su sentido y su profundidad en el gran signo: en la entrega coherente de Jesús por todos nosotros, en su muerte redentora en la cruz y en su resurrección; es decir, en el Misterio Pascual.

Conocemos muchas curaciones y milagros de Jesús, los evangelios están llenos de ellas. En ellas se nos muestra la importancia de la fe y de acoger la gracia de Dios, buscar el milagro por el milagro no corresponde a una fe verdadera, el milagro necesita de la fe y lleva a la fe. Por ello, los milagros de Jesús podemos asociarlos con los gestos y proezas que Yahvé hizo en el Antiguo Testamento y con los que hoy se siguen realizando en su Iglesia. Los milagros son realización de Jesucristo; son signos para el hombre que lo invitan y lo llaman a reconocer el poder y señorío de Dios, su misericordia y amor infinitos.

Actividades sugeridas

- Iniciar con una ronda de preguntas: ¿qué predicaba Jesús?, ¿qué es lo central de su mensaje?, ¿qué parábolas conocemos de Jesús?, ¿qué milagros conocemos de Jesús? Leer los textos bíblicos mencionados hasta ahora.
- Formar grupos pequeños y asignarles algunas parábolas. De acuerdo con ellas, deben responder según corresponda: ¿qué dice del reino?, ¿qué imagen de Dios aparece en la parábola?, ¿cómo es o debe ser el hombre y mujer del reino según la parábola? Exponer y compartir.

4. Las opciones y actitudes de Jesús

4.1. Jesús proclama las bienaventuranzas y la regla de oro

Las bienaventuranzas (Mt. 5, 1 y ss.; Lc. 6, 20 y ss.) están en el centro de la predicación de Jesús, el reino de Dios se hace presente para que el hombre sea bienaventurado, es decir, feliz y pleno. En las bienaventuranzas, Jesús nos habla de quienes heredan el reino, nos habla de aspectos concretos que manifiestan la acogida del reino. Si las leemos con cuidado, cada una de ellas se aplica a Jesús mismo. Jesús no nos dice, no nos pide y no nos promete nada que él mismo no haya vivido. Las bienaventuranzas y la regla de oro, por lo tanto, nos hablan de lo que Dios ha hecho por nosotros, se trata de contemplar y gustar su amor primero. Eso nos hace bienaventurados y alegres.

El Catecismo, en el numeral 1717, nos dice:

Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad; expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su pasión y de su resurrección; iluminan las acciones y las actitudes de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos.

Las bienaventuranzas describen lo que todos deseamos, ser felices y plenos, pero a su vez, nos muestran el camino para alcanzar la felicidad, nos revelan en el fondo una sabiduría divina y dónde está la verdadera dicha. Convertirnos a esa sabiduría, a esa manera de vivir y de ver las cosas, renunciar a la manera como estamos juzgando las cosas hasta ahora y tener la mirada de Jesús, allí está la bienaventuranza. La buena noticia es que nosotros podemos acogerla. Ver y gustar a Dios es la meta de la vida cristiana, en Él se encuentra la plenitud y Él nos hace partícipes de ella por medio de su gracia. El tiempo de la gracia (autodonación de Dios) se ha inaugurado plenamente con la llegada de su reino en Jesucristo y con la venida del Espíritu Santo (Gál. 4, 4-7; Rom. 8, 14-17).

Las bienaventuranzas se convierten para nosotros, discípulos de Jesucristo, en un programa de vida, en una tarea. Acoger el reino y las bienaventuranzas implica en nosotros la misión de

transformar la vida, la sociedad, el propio corazón, en una palabra implican una conversión permanente, el compromiso personal de vivir la regla de oro: el mandamiento del amor.

Las bienaventuranzas y el mandamiento del amor nos muestran el rostro y las actitudes que los hombres y mujeres del reino debemos tener, porque es lo que el Señor ha hecho por nosotros primero. Las bienaventuranzas expresan la nueva situación del hombre y la mujer bajo la presencia del reino de Dios, la que podemos sintetizar en ser bienaventurados (felices) por puro don gratuito de Dios. El mandamiento del amor nos muestra cómo debemos responder al don primero del amor de Dios: amando al prójimo como Dios nos ha amado (Mc. 12, 28-34; Mt. 22, 34-40 y Lc. 10, 25-35).

El Antiguo Testamento nos había hablado de este mandamiento del amor e incluso otras religiones proclaman lo mismo, lo nuevo que aporta Jesús es la indisoluble conexión entre el amor a Dios y al prójimo; la universalidad del amor al prójimo que abarca incluso a los enemigos; la unión de lo anterior con la actitud mostrada por Jesús, quien da el ejemplo: “les doy un mandamiento nuevo, que se amen unos a otros , como yo los he amado ámense los unos a los otros” (Jn. 13, 34). Jesús no se limita a denunciar la ineficacia del sistema moral de los fariseos, sino que brinda un nuevo programa de vida en el que la norma suprema es el amor; pero no cualquier amor, sino el que sigue su ejemplo, ya que se entregó a sí mismo. San Francisco resumió muy bien la idea de fondo cuando dice que no estemos preocupados en que nos amen o sirvan, sino en amar y servir.

4.2. Jesús frente a los pecadores, los que sufren, los marginados y los pobres

La buena noticia del reinado de Dios significa acogida, invitación a la comunión y la oferta del perdón para los pecadores y marginados. Jesús se hace cercano a los pecadores: “Hijo, tus pecados te son perdonados” (Mc. 2, 5); “Yo he venido a llamar a justos y pecadores” (Mc. 2, 17). Jesús come y bebe con los pecadores y esto asombra a los fariseos. Comer con pecadores se considera un

escándalo, porque compartir la mesa significa comunión con ellos; justamente esta es la buena noticia, que Dios se acerca para que los pecadores compartan su vida con Él. La misma actitud tiene Jesús con Mateo, que era considerado un pecador y un traidor, porque siendo judío cobraba impuestos para los romanos. Con él, Jesús no solo comparte, sino que además lo llama a seguirlo (Mt. 9, 9 y ss.). Con la mujer pecadora tiene la misma actitud misericordiosa y acogedora, eso sí, le invita a cambiar de vida (Jn. 8, 1 y ss.; Lc. 7, 36 y ss.). La oferta de Jesús es el perdón que sana y que invita a perdonar a los demás, a semejanza del perdón de Dios (Mt. 18, 21 y ss.; Lc. 11, 4).

La mayoría de los milagros realizados por Jesús estaban dirigidos a aliviar el sufrimiento, ya sea físico, moral o espiritual; como también la frustración y la impotencia provocadas por la enfermedad y la muerte (por ejemplo, Mt 9, 18-26; Jn. 11, 1-44). Como hemos dicho, Dios quiere que tengamos vida y en abundancia, Jesucristo asumió en sí todos nuestros padecimientos y frustraciones. El triunfo de la resurrección nos muestra el triunfo de la vida y del plan de Dios, y que toda esperanza, en Jesucristo, se cumple. Jesús invita a los cansados y agobiados para que se acerquen a él (Mt. 11, 28).

Jesús nace (ver Lc. 2, 17), vive (ver Lc. 9, 58) y muere (ver Mt. 27, 39-50; Gál. 3, 13; Rom. 8, 3; 2 Cor. 5, 21; Col. 2, 14) como un marginal. Podemos decir que hace la opción por los marginados, son ellos los primeros destinatarios de su misión, debemos tener en cuenta que los pecadores, enfermos, niños, mujeres, samaritanos eran para los contemporáneos de Jesús marginados (ver Lc. 4, 17-19). Su predicación y cercanía con los pobres es señal de que él es el mesías al estilo de Dios (ver Mt. 11, 4-6). Por eso, ellos son los bienaventurados (Lc. 6, 20-23). En sus parábolas de misericordia (ver Lc. 15), se sintetiza toda la cercanía, preocupación, bondad y acogida que Dios tiene por ellos. Jesús se identifica con los pobres y marginados desde adentro, en su vida y en su práctica; su identificación con ellos es tan plena que con base en ella seremos juzgados nosotros (Mt. 25, 31-46). Al identificarse con los marginados y excluidos, entonces ya no hay otra dignidad que valga, sino solo la gratuidad y libertad de su entrega y amor. Por lo mismo, su amor es universal, es para todos, es inmerecido, es gratuito.

4.3. Jesús frente a la Ley judía y al Templo

Jesús respeta profundamente los símbolos religiosos del Pueblo de Israel, todos estos han formado parte de la pedagogía divina, con la que Dios ha ido manifestándose a su Pueblo y llevándolo a la plenitud de su automanifestación en Jesucristo (Hb. 1, 1 y ss.). Jesús es el mesías esperado, en este sentido, está en continuidad con las esperanzas de Israel, pero a la vez, es portador de una novedad absoluta: es el Hijo de Dios en sentido verdadero y no solo adoptivo, nominal o como significado de mesías. Unido al título de “Señor”, hijo de Dios aplicado a Jesús, implica una realidad reveladora de su divinidad. Esto significa que en él hay una plenitud impensada e inesperada para Israel. Por eso, Jesús frente a la ley tiene una actitud diversa: a veces la cumple, a veces parece que no la observa, a veces se vuelve más exigente. Por ejemplo, vemos que Jesús quebranta el ayuno (Mc. 2, 18), descuida las purificaciones legales (Mc. 7, 21-23), toca a los leprosos, lo cual lo hace impuro según la ley (Mc. 1, 40-42), hace curaciones violando el día sábado (Mc 3, 1-6,). Esto “no” muestra en Jesús una rebeldía, sino que nos muestra más bien la conciencia que Jesús tiene de ser más que la ley, de poseer una autoridad sobre ella que le viene de su identidad divina. Así puede leerse en los evangelios, cuando dice: “Han oído que se dijo a los antepasados... pero yo les digo...” (Mt. 5, 21 y ss.). Vemos aquí cómo Jesús pronuncia su palabra, proponiéndola como superior a la ley. Para los contemporáneos de Jesús, la ley era la expresión máxima de la revelación divina y vemos aquí que Jesús se sitúa por sobre la ley, con una libertad soberana sobre ella, y colocando al ser humano y las relaciones de amor por encima de todo. Pero también nos muestra que la plenitud se encuentra en el seguimiento de la persona de Jesús y viviendo según su estilo de vida, que no es otro que el del amor, como él lo vivió.

Algo similar ocurre con la actitud de Jesús frente al Templo. El Templo constituía para el Pueblo de Israel el centro religioso y lugar de encuentro con Dios. (1 Re. 8). Los evangelios nos muestran que Jesús tuvo conflictos con las autoridades del Templo y nos provoca asombro la escena en que Jesús vuelca las mesas de los cambistas (Jn. 2, 13-22).

¿Cómo entender la actitud y las palabras de Jesús? Podemos entenderlas como un gesto simbólico, que apunta hacia la restauración de todo, que se realiza con él. Es decir, si solo Dios puede restaurar el Templo, porque solo él tiene autoridad para hacerlo, queda claro que con

la actitud de Jesús se muestra que en él reside la autoridad divina y que inaugura los últimos tiempos. Ya estamos viviendo el tiempo de Dios, con mayor razón, tras la experiencia de la resurrección, queda claro que el orden antiguo quedó plenificado, asumido y transformado en la persona de Jesús. El que lo sigue, quien se encuentra con Jesús, se encuentra con Dios mismo (Jn. 4, 23-24; Jn. 14, 9). El Padre, al resucitar a su Hijo, Jesucristo, manifiesta que ese es el día en que se renuevan todas las cosas y plenifica el sentido del día sábado y de la creación entera. Por eso, los cristianos tienen como el día del Señor el primer día de la semana, el día en que resucitó Jesús es el día del Señor (dies domini en latín), o sea, el día domingo (Mc. 16, 9).

4.4. Jesús nos muestra al Padre y nos envía su Espíritu

¿Quién es Dios?, ¿cómo es Dios? Son dos de las preguntas importantes que las personas se hacen con frecuencia. Si bien es cierto que Dios es siempre mayor a nuestras representaciones, también es cierto que Dios mismo se ha ido mostrando a través de los tiempos (ver Ef. 1, 3-14; Hb. 1, 1-4), con el fin de que entremos en relación íntima con Él. Jesucristo nos revela, nos muestra por medio de sus parábolas y sus acciones el rostro pleno de Dios. Dios es Padre. ¿En qué sentido? Ciertamente, no con las restricciones que la condición humana y biológica impone a la paternidad, sino en el sentido de un Dios que da la vida, que es preocupado, misericordioso y amoroso con todos. Pero verdaderamente es Padre nuestro, porque es, en sentido propio y único, Padre del Hijo eterno. Jesús expresa su relación con Dios, llamándolo Abbá que quiere decir ‘Papá’ (Mc. 14, 36). Muchos textos bíblicos nos muestran esta relación única e íntima que tiene Jesús con su Padre (Mc. 12, 5-6; Lc. 10, 22; Mt. 11, 27). Jesús es quien nos revela, nos muestra quién es Dios en plenitud, solo él lo conoce íntimamente y tiene la autoridad para darlo a conocer. La buena noticia es que en Jesús, por la fe y el bautismo, todos podemos hacernos hijos en el Hijo (Gál. 4, 4 y ss.; Ef. 1, 5 y ss.; Rom. 8, 15; Jn. 1, 12; 1 Jn. 3, 1).

Los evangelios nos comunican con palabras e imágenes lo que en la vida de Jesús llegó a ser visible, Dios es su Padre y Jesús es el Hijo. Solo a través de Jesús se encuentra el camino para ir al Padre, solo empleando su palabra se está seguro de no estar dirigiéndose a una ilusión o al vacío.

Entre el Padre y Jesús aparece una comunicación que es participación en la comunidad divina de amor, es el Espíritu Santo. De hecho, Jesús y el Padre envían su Espíritu (Jn. 14, 16). El mismo Espíritu que está siempre con Jesús (Lc. 10, 21; Lc. 4, 18 y ss.; Mt. 1, 18; 3, 16; 4, 1), se nos envía y es él quien nos hace llamar a Dios Padre nuestro (Mt. 6, 9; Rom. 8, 15; Gál. 4, 6;). El Espíritu Santo permite que los discípulos vean con claridad lo que la vida de Jesús muestra y lo que existía desde siempre (Lc. 24, 49, Hch. 2, 1 y ss.): Jesús es Dios, el Espíritu Santo es Dios y Dios siendo Uno es Trino (ver, Mt. 28, 19; 2 Cor. 13, 13).

4.5. Jesús pide que lo sigan: el discipulado

Jesús pide algo extraordinario: que lo sigan. Era normal que los interesados en tener un maestro le pidieran a él ser sus discípulos, pero en este caso es al revés, Jesús es quien pide que lo sigan (Mc. 1, 17; 2, 14; 3, 13, etc.). Si el Antiguo Testamento llama a cumplir o seguir la ley, la pretensión de Jesús es que lo sigan a él. Este llamado es tan decisivo que los evangelios nos muestran su radicalidad (Mt. 16, 24 y ss.; Lc. 14, 28 y ss.). Por lo mismo, nos muestran la autoridad divina de Jesús. Solo Dios puede pedir lo que Jesús pide y dar lo que Jesús da.

Seguir a Jesús es seguir su camino (Lc. 9, 57-62), seguir a Jesús es vivir su vida y desde ella la de Dios mismo (Jn. 8, 12; 10; 14, 1-11). Seguir a Jesús requiere encontrarse con él (Jn. 1, 35 y ss.), tener la experiencia del encuentro personal y de relación íntima con él, porque no seguimos una idea o una norma moral, sino a alguien: a Jesús, el Cristo y Señor. La relación de amistad que se establece con Jesús implica la invitación a una tarea: disfrutar de la relación con él y seguir el llamado al apostolado (Mc. 3, 13 y ss.; Lc. 5, 1 y ss.), el discípulo se convierte en un apóstol, en un enviado, en un misionero.

Jesús prepara a los discípulos para la misión cultivando su vida interior por medio de la oración y la contemplación (Lc. 11, 1 y ss.; Mt. 17, 1 y ss.); les enseña el corazón del reino por medio de las Parábolas (Mc. 4; Mt. 10) y de las bienaventuranzas (Mt. 5, Lc. 6). Jesús los prepara para la prueba y la crisis que necesariamente implica el camino del discipulado (Jn. 6, 67 y ss.; Jn. 21, 15 y ss.).

Estas crisis fortalecen al discípulo y lo preparan para la misión, para ello hay que estar atentos, ser humildes y dejarse moldear. Como en toda relación, las crisis son una gran oportunidad para profundizar y ensanchar la relación.

La multiplicación de los panes (Mc. 6, 30 y ss.) nos indica que la misericordia cristiana es el motor de la misión, que no hay ninguna miseria humana que la misión no esté llamada a liberar, que Jesús nos asocia a su propia misión y que multiplica nuestros esfuerzos y que, en último término, la misión es para que el mundo tenga vida. La sanación del ciego de nacimiento (ver Jn. 9) nos muestra que la misión consiste en arrancar al mundo de su ceguera, para recuperar la dignidad que cada hombre y mujer tienen, que toda ceguera del corazón puede encontrar en Jesús y su evangelio una luz, pero que el camino para alcanzar ese fin no está exento de sufrimiento y debe nutrirse de la oración y de la vida en comunidad.

El discipulado implica una conversión permanente. Hablar de seguimiento de Cristo es hablar de conversión, de “venderlo todo”, según la expresión evangélica, con tal de adquirir esa perla y ese tesoro escondido que constituye el seguir a Jesús (Mt. 13, 44-46). Solo Dios puede exigir un seguimiento así, y es que seguir a Jesús es seguir a Dios, el único Absoluto. El discípulo está atento a discernir las tentaciones. La presencia del mal, el pecado y la ceguera hacen necesario que estemos atentos y tengamos una actitud de discernimiento para no caer en tentación. La inserción en Jesucristo y su misión implican el camino de la cruz.

Algunas de las tentaciones más frecuentes en el camino del discípulo y misionero pueden ser la mediocridad, la desolación, la frustración, la soledad, la rutina y la aridez. Por ello, es necesario siempre cultivar la vida interior, la vida comunitaria, la relación de amistad con el Señor. El discípulo misionero tiene un corazón misericordioso y busca la reconciliación. La caridad es lo que distingue al corazón de Jesucristo, él fue quien amó hasta el extremo, nos mostró el amor del Padre y nos invitó a amar como él. El hacerse prójimos, cercanos, fraternos, serviciales, trabajadores por la justicia, deberían ser algunas de las características por las cuales se distinga a los discípulos (Mt. 25, 31 y ss.; Lc. 10, 29 y ss.; Lc. 15; Jn. 14-15).

Los Evangelios nos presentan a María como el modelo de discípula (Lc. 8, 19-21). Su primera dignidad está en haber escuchado y acogido la Palabra de Dios, ella es la discípula fiel y confiada.

Ella es la madre y discípula orante y llena de gracia (Lc. 1, 28; Hch. 1, 14); la oyente y creyente de la Palabra (Lc. 1, 38.45; 2, 19.51); la madre y discípula intercesora (Jn. 2, 3-5); la madre y discípula siempre fiel, aun en medio de las dificultades (Jn. 19, 25-27).

Actividades sugeridas

- La sesión puede iniciar con la lectura de las bienaventuranzas y preguntar: ¿qué nos llama la atención?, ¿qué nos dicen de Jesús, de su corazón e identidad estas bienaventuranzas? Comentar y compartir.
- Una vez que se ha estudiado todo el capítulo cuarto, leído sus textos bíblicos y desarrollado el tema, puede pedírsele a cada que uno guarde silencio y se pregunte (y anote): ¿quiénes son los pobres y marginados de mi barrio, familia, lugar de trabajo?, ¿qué aspectos de mi vida, barrio, familia, trabajo, mundo, necesitan la sanación de Jesús?, ¿qué me pide Jesús a mí? Compartir libremente.



5. La pasión, muerte y resurrección- exaltación de Jesús: El Misterio Pascual

Toda la vida de Jesús es para nosotros un acontecimiento salvífico y revelador de Dios. Ella se consume y adquiere densidad máxima en lo que llamamos su Misterio Pascual, es decir, los acontecimientos que van desde su pasión hasta la resurrección y exaltación, acreditan a Jesús como el Hijo de Dios y Señor. De hecho, la liturgia cristiana es nuestra maestra en la fe. En ella, la Semana Santa (celebración del Misterio Pascual) es el centro de todo el año litúrgico. Con su pasión, muerte y resurrección Jesús es acreditado por el Padre, como su Hijo y Señor, él es el salvador de todos. Se podría decir, que todos los evangelios tienen en el relato del Misterio Pascual su centro, a tal punto que todo lo narrado anteriormente tiene su sentido en él y en él se responde plenamente a la pregunta “¿Quién es Jesús?”: “Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios” (ver Mc. 15, 39).

5.1. El proceso de la pasión de Jesús

Jesús intuyó una muerte violenta: recordemos lo sucedido cuando sanó y perdonó los pecados del paralítico (Mc. 2, 1-12); lo ocurrido en el convite de los publicanos (Mc. 2, 15-17); en la cuestión del ayuno (Mc. 2, 18-22); cuando arrancó las espigas en sábado (Mc. 2, 23-38); sus curaciones en sábado (Mc. 3, 1-6); cuando le exigieron una señal (Mc. 8, 11-13). En general, en toda su predicación y su servicio, en el que pasó haciendo el bien, sufrió oposición y conspiraciones para asesinarle (Lc. 4, 28-29; Mc. 3, 6; 6, 30; 10, 38; 11, 18; 14, 1). Los evangelios nos muestran que Jesús se mantiene fiel a su misión e identidad, no huye, no retrocede, no emplea la fuerza, ni la violencia, ni los engaños para llevar a cabo su misión, sino que la asume libremente, corre el riesgo y da su vida voluntariamente (Jn. 10, 18). Es el siervo-Hijo de Yahvé.

Cuando se acercaba la hora, Jesús celebró con sus discípulos la que es conocida como la última cena. En ella, Jesús anticipa su muerte y resurrección. En ella se ve que Jesús se entrega libremente y pide que se celebre siempre en memoria suya (Mc. 14, 12 y ss.; 1 Cor. 11, 23-24). En la última cena se resume y significa lo que ha sido toda su vida: una entrega a favor nuestro, un amor que da la vida.

Luego de la última cena, los evangelios nos narran los padecimientos de Jesús. Primero su oración en el huerto, donde se muestra la hondura de su amor vivido en obediencia al Padre y entrega por todos nosotros, él asume el sufrimiento y la oscuridad de la muerte, mostrando así su solidaridad con todos nosotros. Luego, nos relatan el prendimiento de Jesús, su proceso de condena ante el Sanedrín y Poncio Pilato, más tarde las flagelaciones a las que fue sometido y, finalmente, su muerte en la cruz (Mc. 14, 32 y ss., y los paralelos). Durante muchos siglos, el Pueblo fiel ha seguido estos acontecimientos, a través de los misterios dolorosos del Santo Rosario y las manifestaciones de la piedad popular.

5.2. La muerte de Jesús

Jesús murió crucificado, no fue una muerte casual, sino debido a la oposición a su persona y mensaje. Fue condenado por la autoridad religiosa por blasfemo (Mt. 26, 57 y ss.; Jn. 10, 33) y condenado por el poder civil de los romanos por sedicioso y agitador del pueblo. Supuestamente, ponía en peligro el poder del imperio y la paz judía (Jn. 19, 12; Lc. 23, 8-12; 1 Tes. 2, 15).

La afirmación de que Jesucristo “descendió a los infiernos” (Ef. 4, 9-10; Hb. 13, 20), no hace más que corroborar la realidad de la muerte de Jesús. Además, como afirmación de la realidad de la salvación que Jesús trae y que es para todos los justos, es una realidad y una oferta universal (1 P. 4, 6; Hb. 2, 14-15), tanto para quienes vivieron y murieron antes que él, como para los que vendríamos después hasta el final.

¿Qué sentido tiene la muerte de Jesús? Ya hemos dicho que Jesús previó su muerte violenta, eso ya nos da algunas luces que permiten entender la vida de Jesús como una vida por y para los demás. Además, recordemos que ya desde el profeta Isaías (42, 1-9; 49, 1-7; 50, 4-11; 52, 13-53, 12; también 2 Mc. 7, 33-38), se otorgaba un valor salvífico a la muerte del justo. Por eso, el Nuevo Testamento no dudó en interpretar la muerte de Jesús como la muerte del justo que no tenía pecado, Jesús muere y se entrega por muchos (Mc. 14, 24; Mt. 26, 28; Lc. 22, 20). Esto permite decir que Jesús vio su muerte como parte del plan y del movimiento de Dios para la salvación.

Estamos frente a un misterio, que en ningún caso quiere decir que estemos en presencia de un Dios sádico que goza con la muerte y entrega de su Hijo, sino que estamos en presencia de un amor y de una sabiduría que nos permite hablar de sabiduría de la cruz.

La cruz, por parte de Dios, no es una venganza, ni fruto del odio ni castigo, sino consecuencia de su inmenso amor, en el que su Hijo ha tomado parte libremente a favor nuestro. Jesús da su vida por la vida de los hombres y mujeres: “Dios ha permitido los actos nacidos de su ceguera (de los hombres) para realizar su designio de salvación (Hch. 3, 17-18)” (ver Catecismo de la Iglesia Católica n.º 600). El amor verdadero corre el riesgo de ser rechazado. La muerte de Jesús como entrega coherente y fiel no es más que el reflejo de lo que fue toda su vida de entrega, una vida a favor de los pecadores que termina con la muerte a favor de los pecadores, una vida de servicio para dar vida (Mc. 10, 45). Por eso, ya anticipadamente Juan el Bautista lo señaló como el: “cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (Jn. 1, 29), porque Jesús asume ser el cordero que ofrecido en la pascua judía simbolizaba la redención, es decir, la liberación de lo que oprime.

Jesús nos libera de las opresiones últimas que padecemos, nos libera de nuestro propio egoísmo y ceguera. Desde ahora el pecado, la muerte, el sufrimiento, la lejanía de Dios, la imposibilidad de alcanzar nuestra vocación “no” tiene la última palabra, sino que triunfa el plan de Dios que es siempre que el hombre tenga vida en abundancia viviendo en comunión con él. La vida del hombre se encuentra en su relación con Dios, gracias a Dios, con Dios y desde Dios. ¡La gloria de Dios es que el hombre viva! (Ireneo de Lyon). Dios no es el enemigo de la vida, ni de la libertad, al contrario, Él la hace posible y plena. Se trata de una vida relacional, porque Dios es relación, Dios es amor (ver 1 Jn. 4, 7 y ss.).

La entrega de Jesús a lo largo de toda su vida, manifestada radicalmente en su entrega en la cruz, ayuda a entender el sentido cristiano de la obediencia. La obediencia de Jesús en el amor significa la libertad plena de quien acepta lo que se le da como don, con lo cual adquiere la plenitud. Adán había sido invitado a vivir en comunión con Dios, tenía la vida plena como don recibido, porque él no era Dios. Sin embargo, quiso ser como Dios de una manera que no le correspondía por naturaleza propia, Adán tiene vida como participación gratuita en la vida de Dios. Por eso, su desobediencia significó el encierro en sí mismo y la incapacidad de plenitud. Pero ahora, Jesús, como el nuevo Adán, por su obediencia, es decir, por vivir en una constante

apertura a Dios, su Padre, reestableció la comunión perdida y con eso, la posibilidad para todos nosotros de vivir la vida de Dios (ver Rom. 5, 12-19).

En síntesis, la muerte de Jesucristo significó para nosotros salvación, es decir, por el perdón de los pecados restauró la comunión con Dios perdida y nos elevó a la vida plena como hijos de Dios en el Hijo, portadores de su Espíritu (ver Rom. 6, 1 y ss.; 8, 1-17). Por eso, los cristianos exhibimos la cruz de Cristo, no como signo de muerte y oscuridad, sino como signo de esperanza, liberación, amor y vida, de la vida nueva de una cruz ya vacía, porque Jesús resucitó y vive. Lo que es escándalo para los judíos y necesidad para los griegos, para nosotros es gracia y salvación (ver 1 Cor. 1, 17-25).

5.3. La resurrección de Jesús y la vida nueva

Los cristianos nos reunimos el día domingo en torno a la Eucaristía, porque es el día en que Jesús resucitó, por eso su nombre de “Domingo”, es decir, día del Señor. Dentro de la Semana Santa, la Vigilia de Pascua y la Eucaristía del domingo de resurrección, son los momentos de mayor júbilo y el centro de todo el año litúrgico y de las celebraciones cristianas. La resurrección es el centro de la vida cristiana, porque si Jesucristo no hubiera resucitado, simplemente hubiera quedado como un gran hombre y nosotros no estaríamos realmente salvados (ver 1 Cor. 15, 14-21). Pero como resucitó, entonces, estamos en el tiempo nuevo, el de la vida y el reino de Dios que, aunque avanza hacia la plenitud, está ya presente con poder: “les anunciamos la Buena Nueva de que la promesa hecha a los padres, Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús” (Hch. 13, 32-33).

Basado en algunos textos bíblicos del Antiguo Testamento (Dn. 12, 1-3; 2 Mac. 7; Sab. 1-6; Is. 52-53), algunos judíos, por ejemplo, los fariseos, esperaban la resurrección de los muertos para los justos al final de los tiempos. Aquello esperado, en Jesús se realiza. Ya en su vida pública, había mostrado su poder sobre la muerte al resucitar, por ejemplo, a Lázaro (Jn. 11). No obstante, lo ocurrido con Jesús es único.

Los evangelios nos muestran de distintas formas y con distintos lenguajes la verdad de su resurrección. En primer lugar, está el relato del sepulcro vacío, que nos habla de que no es suficiente acceder al misterio de la resurrección por medio de los sentidos, pues ellos se quedan cortos, solo ven un sepulcro vacío (Lc. 24, 2-3); este es solo el primer paso para el reconocimiento del hecho de la resurrección: “¿Por qué buscan entre los muertos al que vive?” (Lc. 24, 5). A Jesús no se le encuentra junto a la muerte, la muerte no lo pudo retener.

Luego, los relatos bíblicos nos transmiten las apariciones de Jesús resucitado, no debemos dejar pasar el dato de que al poner por testigos a mujeres, los relatos nos atestiguan fuertemente la verdad de estas apariciones, puesto que en aquella época la palabra de las mujeres no servía para un testimonio y su credibilidad (Lc. 24, 10-11). El Nuevo Testamento nos relata muchas apariciones de Jesús resucitado, por ejemplo: 1 Cor. 15, 5-7; Mc. 16, 9-19; Mt. 28, 9-10.16-20; Lc. 24, 13-34; Jn. 20, 11-18. 19-28; 21, 1-22; Hch. 1, 3; 1, 6-11; 10, 41; 13, 31. En la mayoría de ellos se dice que Jesús “se dejó ver”, “se apareció”, es decir, no se trata de alucinaciones, no son los testigos los sujetos de la acción, ni quienes manipulan la situación, ni quienes imaginan cosas, sino que es Jesús el sujeto y quien irrumpe. Es una acción de Dios, no nuestra, ni de nuestra psicología, ni de nuestra esperanza. La resurrección no puede ser reducida a una cuestión puramente psicológica, ni física, ni tampoco a algo puramente espiritual.

Estos textos nos muestran además de la verdad de la resurrección, al menos, dos preceptos:

- a. Esta resurrección es histórica, se da en el orden físico, pero a la vez, lo sobrepasa.
- b. Su explicación escapa a los métodos históricos y de la ciencia empírica, no porque sea un fenómeno mítico, sino porque las supera, englobándolas. En este sentido, el acceso privilegiado es la experiencia del encuentro por la fe y el testimonio, por este motivo, se habla de que es un misterio en sentido absoluto.

Esas ideas sobre la resurrección no quieren decir, en ningún caso, que es irracional. La razón solo accede a ciertos límites y la fe la ensancha: algo pasó entre que Jesús murió y todos sus discípulos se escaparon temerosos y, luego, estos aparecieron con valentía diciendo que resucitó hasta dar testimonio de ello con su propia vida. Eso que pasó, la fe lo ve: ¡Jesús está vivo! ¡El Padre lo resucitó! (Hch. 13, 30-35).

Los relatos nos van mostrando dónde podemos encontrarnos con el Señor resucitado: en la fracción del pan, en la Palabra, en el camino de la vida, en la comunidad cristiana, en la oración, en el servicio a los hermanos pequeños, pobres, hambrientos, desamparados. Todo esto, como vemos, está plenamente reunido en la celebración dominical de la Eucaristía, leamos desde esta perspectiva, por ejemplo, el relato de los discípulos de Emaús (Lc. 24, 13 y ss.).

La resurrección confirma la divinidad de Jesús (ver Jn. 8, 28). Y manifiesta la inseparable unión en su persona divina de su naturaleza humana y su naturaleza divina. Por eso, los misterios de la encarnación y la resurrección están íntimamente unidos. En Jesús se ha producido el admirable intercambio: Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios. Por eso, en Jesucristo se nos manifiesta nuestra propia identidad, a lo que Dios nos ha llamado desde siempre: a ser sus hijos y tener una relación íntima con Él.

Por su muerte, nos libera del pecado, por su resurrección nos abre el acceso a una nueva vida (Romanos 6, 4), esto es la salvación. Jesús nos justifica, nos sana y nos eleva, es decir, nos devuelve la gracia de Dios (Rom. 4, 25; Ef. 2, 4-5; 1 P. 1, 3) y también nos da la filiación adoptiva (ser hijos de Dios en el Hijo), nos constituye en sus hermanos y sus discípulos (Mt. 28, 10; Jn. 20, 17). Pero además, su resurrección es certeza de nuestra resurrección futura (1 Cor. 15, 20-22). Jesús resucitado nos envía su Espíritu y nos permite vivir de sus dones y dar frutos (Gál. 5, 22). ¡Es el tiempo de la vida nueva! “Este es el día que hizo el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo,” canta la liturgia cristiana el día de la resurrección de Jesucristo.

5.4. Jesús es exaltado a la derecha del Padre y volverá

Una vez testimoniada la resurrección de Jesús, el Nuevo Testamento nos habla de que Jesús ascendió al cielo, que está sentado a la derecha de Dios y que volverá: “el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios” (Mc. 16, 19; Hch. 1, 9-11). La ascensión al cielo y su estar sentado a la diestra de Dios nos hablan de la revelación plena de su identidad. Jesús es Dios, tiene el poder de Dios, pertenece al ámbito de Dios, es el Señor entronizado que

ejerce su reinado (ver Sal. 110) y es uno de la Santísima Trinidad. Al mismo tiempo, nos muestra la dignidad de la condición humana, ya que la humanidad de Jesús está ya para siempre en el seno mismo de la Santísima Trinidad. Es una expresión muy honda y hermosa de la comunión con Dios, a la que todos estamos invitados a gozar cuando el Señor sea todo en todos (ver Jn. 14, 1-11).

Jesucristo que ha entrado en su condición gloriosa (Jn. 12, 32; Hb. 9, 24) es el Señor y ejerce su condición de cabeza de todo el cuerpo que forma su Iglesia (Ef. 1, 20-22), preside como sumo y eterno sacerdote todos los bienes y gracias que Dios nos regala e intercede por nosotros (Hb. 9, 11; Ap. 4, 6-11). Por él y en él se dirigen nuestras oraciones y súplicas al Padre en la unidad del Espíritu Santo.

La expresión bíblica Maranatha, que significa ‘Ven, Señor’ (1 Cor. 16, 22; Ap. 22, 20), expresa la convicción de la segunda venida de Jesús. El día y la hora no la conocemos y puede acontecer en cualquier momento (Mt. 24, 44; 1 Tes. 5, 2; 2 Tes. 2, 3-12), por lo que la actitud de todo cristiano debe ser “el estar preparados” en alegre esperanza (Mt. 24, 36. 42; 25, 1 y ss.).

La segunda venida del Señor coincidirá con el día del juicio y la resurrección de los muertos. Jesús anunció en su predicación el juicio en el último día (Mt. 25, 31 y ss.). Este juicio debe ser entendido como juicio por el amor, es decir, por la acogida que cada uno ha hecho de la gracia que Dios le ha dado: “Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn. 3, 17).

5.5. El anuncio del kerigma y los himnos cristianos

Es hora de que nos centremos en el mensaje que transmitían los discípulos y apóstoles de Jesús luego de la resurrección y Pentecostés. Para ello, le seguiremos la pista a lo que nos relatan los Hechos de los Apóstoles. El contenido del mensaje que anunciaban los primeros cristianos es conocido con el concepto de kerigma. A esta comunicación del kerigma le corresponde la adhesión de la fe.

Aunque habría muchos textos que citar, hay cuatro de ellos que son muy importantes: Hch. 2, 14-39; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 29-32; 10, 34-43; 1 Cor. 15, 1-3; ¿Cuál es el contenido del kerigma? Un trabajo atento de lectura y análisis de estos textos nos entrega una gran riqueza. Daremos aquí una síntesis:

- a. Siempre se recurre al Antiguo Testamento (Ley, Profetas, Salmos), el cual interpretado a la luz de los acontecimientos de la resurrección de Jesús y de Pentecostés, nos muestra que todo lo que le ocurrió a Jesús es parte de la voluntad y del plan de Dios para nuestra salvación. Eso significa que ya estamos viviendo el cumplimiento de las profecías mesiánicas y los últimos tiempos.
- b. Aunque la predicación y anuncio del kerigma se realizan después de la resurrección de Jesús y de la manifestación del Espíritu Santo, siempre se recurre a acontecimientos antes de la Pascua, a hechos del Jesús histórico, tales como que el inicio de su ministerio lo realizó en Galilea y que hizo muchos signos y prodigios, que era de la estirpe de David, que luego llegó a Jerusalén y que padeció y murió en la cruz.
- c. El centro del kerigma y su contenido principal es que Jesús murió, fue sepultado y está resucitado desde el tercer día después de su muerte y que ha sido constituido Señor de todo lo que hay en los cielos y en la tierra (Hch. 2, 36; Flp. 2, 11) y que vendrá de nuevo como juez y salvador de los hombres. Por tanto, la muerte, resurrección y exaltación de Jesús de Nazaret en cuanto Cristo o ungido de Dios es el elemento medular del kerigma.
- d. Por todo esto y en su nombre, se llama a la conversión y se proclama el perdón de los pecados para la salvación de todo el que cree (Hch. 10, 43; Rom. 10, 9).

Otra forma en que los primeros discípulos de Jesús anunciaban y testimoniaban su fe en Jesús como el Cristo y el Señor, era a través de los himnos que se recitaban en las celebraciones cristianas. De entre los más importantes que nos han llegado escritos en el Nuevo Testamento encontramos: Flp. 2, 5-11; Col. 1, 15-20, Jn. 1, 1-18.

Estos himnos, al igual que el kerigma, son muy importantes para nuestro proceso de ir comprendiendo nuestra fe en Jesucristo, porque podemos decir que los discursos kerigmáticos y

los himnos son de las más antiguas confesiones de fe de las que tenemos registro escrito. En ellos, encontramos el núcleo de lo que poco a poco la fe de los creyentes (la Iglesia) tuvo que ir precisando y formulando con más claridad. Para que comprendamos mejor su importancia, podríamos decir que su proclamación se correspondía, en aquella época, a lo que nosotros realizamos cuando en la liturgia recitamos el Credo. En el fondo, entre kerigma, himnos cristológicos y credo, no hay una diferencia en el núcleo, sino en la explicitación y formulación de una misma y única fe que viene de los Apóstoles.

Actividades sugeridas

- Al comenzar la sesión puede hacerse una ronda de comentarios acerca de lo que recuerdan de la Semana Santa, sus signos, su sentido, las razones para celebrarla, algunas de las oraciones o frases que recuerdan. También puede hablarse de la eucaristía dominical y hacer el nexo con el Misterio Pascual. Comentar.
- Leer cuidadosamente cada uno de los himnos y el kerigma, para luego compartir su contenido: ¿qué dicen de Jesús?

**6. “¡Tú eres el Cristo,
el Hijo del Dios vivo!” (Mt. 16, 16)**

Nuestra fe en que Jesús es Señor, es Dios hecho hombre, muchas veces es cuestionada por personas que no son capaces de reconocer su autoridad divina, en muchos casos incluso lo hacen yendo a la Sagrada Escritura, hacen de ella una lectura e interpretación incapaz de reconocer el lenguaje bíblico, con el que se afirma, mediante palabras y acciones diversas, la divinidad de Jesús.

6.1. La autoridad divina de Jesús

Quienes veían las acciones de Jesús y escuchaban su enseñanza reconocían una autoridad inaudita (Mc. 1, 27; 4, 41). Esa autoridad le viene de su relación única y personal con su Padre, la relación de Hijo, que se manifiesta en su poder y misericordia que hace presente el reino de Dios. El Nuevo Testamento nos muestra de muchas maneras que Jesús mismo pretendía tener esta autoridad que se basa en su relación con su Padre, es decir, que no es una ocurrencia o proyección posterior de sus discípulos, sino que tiene en las actitudes del mismo Jesús histórico su origen. Veremos algunos ejemplos:

- a. Por medio de la curación de un leproso (Mc. 2, 1-12), los evangelios nos muestran no solo el poder de Jesús de poner de pie a este hombre (sanarlo que significa devolverlo a la vida común de todo hombre), sino lo más importante, su poder de perdonar los pecados, lo que solo es posible para Dios. Con lo cual, si Jesús tiene ese poder es porque tiene una autoridad divina.
- b. La cercanía de Jesús con los considerados pecadores que levantaba las críticas de muchos (ver Lc. 7, 34; Mc. 2, 16), nos muestra que él se consideraba con la autoridad necesaria para perdonar y mostrar que en su cercanía era Dios mismo quien ofrecía entrar en comunión con Él a los pecadores. Es el reino de Dios presente en Jesús al que todos están llamados a entrar, la comunión de mesa con Jesús es señal de esa comunión con Dios mismo en su reino.
- c. Para un judío, la Ley era el signo de la presencia santificante de Dios mismo en medio de ellos, respetar la ley era respetar a Dios. Que Jesús se muestre con autoridad frente

a la ley misma muestra que tenía conciencia y pretendía una autoridad divina. Por ejemplo lo vemos en Mateo 5, 21 y ss donde se dice: “Habéis oído...”, pero “yo os digo”. Esta actitud de soberana libertad frente a la ley es expresión de su autoridad.

- d. Otro signo de la presencia y autoridad de Dios para un judío era el Templo de Jerusalén, que era la morada de Dios y el lugar donde se realizaba la remisión de los pecados por medio del culto sacrificial. Sabemos que Jesús entró en conflicto con algunos judíos a consecuencia de algunos dichos sobre el templo y de la presencia en ellos de los cambistas y comerciantes. Como sea, la acción de Jesús realizada en el Templo (ver Mc. 13, 1-2; 14, 57-58; 15, 29; Mt. 26, 60-61; Jn. 2, 13-2) muestra su intención de una restauración que inauguraba los últimos tiempos, él era el último y definitivo enviado de Dios, el que tenía su autoridad.
- e. A diferencia de la mayoría de los maestros de su tiempo, Jesús era quien llamaba a sus discípulos: “¡Ven y sígueme! Pero hay otra peculiaridad: Jesús era muy exigente, invitaba a dejarlo todo, a entregarse en una radicalidad máxima (ver Mt. 16, 24 y ss.; Mc. 8, 34 y ss.; Mt. 10, 37 y ss.; Lc. 14, 26 y ss.). Solo Dios puede pedir algo así, Dios es el único que está sobre todo, ningún hombre debería arrojarse esta pretensión. Por tanto, Jesús es consciente de que acogerlo o rechazarlo tiene unas consecuencias definitivas. Al seguirlo a él nos jugamos la vida misma. En Jesús encontramos a Dios.
- f. Mesías significa ungido, es decir, aquel que posee el Espíritu de Dios. En Isaías (61, 1 y ss.) se nos relata que el futuro mesías sería el ungido que traerá las buenas nuevas, el día de la gracia y de salvación, el día en que el reino de Dios se hará presente compartiéndonos su propia vida. Y justamente Lucas (4, 1: 16-21) nos muestra que Jesús es ese Ungido por el Espíritu que da cumplimiento a lo prometido en Isaías. Todas las acciones de Jesús nos muestran esta realidad: él da vista a los ciegos y hace andar a los paralíticos. Él tiene conciencia de esta realidad y la manifiesta. Hay muchos otros textos en los que se nos muestra cómo las acciones de Jesús manifiestan la presencia en él del Espíritu de Dios (Lc. 11, 14-15.17-20; Mt. 9, 32-34; 12, 25-28). Todos los exorcismos que hace Jesús manifiestan que estamos en los últimos tiempos, en la llegada del reino de Dios que nos trae la vida plena y todo aquel que se encuentra con Jesús tiene experiencia de ello.

6.2. La relación de Jesús con su Padre: *Abbá*

Cuando Jesús nos revela su relación íntima con Dios es cuando se nos muestra más plenamente la conciencia que Jesús tenía de su autoridad divina: Yahvé es su Padre. Así queda expresado cuando él usa la palabra ‘Abbá’ (ver Mc. 14, 36). Para referirse a Dios usa Abbá que significa papá. Nadie podía referirse a Dios de esa manera, que él lo haga nos muestra una pretensión inaudita, lo hacía porque realmente él era su Hijo.

En el Antiguo Testamento no era frecuente referirse a Dios como Padre y si se hacía, esto era en un sentido muy diferente a como nosotros lo entendemos en la particular relación de Jesús con Dios. En la vieja alianza, Dios aparece como Padre del pueblo, en contadas ocasiones como Padre de individuos (como, por ejemplo, de David o Salomón; ver 2 Sam. 7, 14). En sentido genérico, se podía entender que Dios es Padre, en cuanto que tiene una paternidad universal como creador de todo (ver Is. 1, 2-3; 63, 7-64; Os. 11, 1-4). Aquí, la palabra ‘paternidad’ expresa más bien su bondad, su providencia y protección. En este sentido, también aparecen en Dios rasgos maternos (ver Dt. 32, 6.18; Os. 11, 1-9; Is. 49, 15; 66, 13). En resumen, en el Antiguo Testamento cuando se refiere a Dios como Padre es en sentido de un hombre o el pueblo que se somete a Dios y su autoridad, no es una relación en sí misma de filiación o paternidad. Esto es muy importante tenerlo en cuenta, porque cuando decimos, con verdad revelada, que Jesús es el Hijo de Dios, lo decimos en sentido propio, lo cual es inaudito y totalmente novedoso. Esto es lo que muchas personas, lamentablemente, no aceptan.

Jesús conocía que la forma para referirse a Dios era con sumo respeto, como Señor (Adonai), pero él utiliza Abbá que es casi escandaloso por la familiaridad que ese término implica. Además, en muchas otras ocasiones encontramos en los evangelios referencias en que se entiende que él se refiere a sí mismo como ‘hijo’ (ver Mc. 13, 32; Lc. 10, 22; Mt. 11, 27). De gran importancia es la parábola conocida bajo el título de los “viñadores homicidas” (Mc. 12, 1-12), en la que claramente Jesús se identifica como el hijo y el último enviado. Por lo tanto, podemos concluir diciendo que el Nuevo Testamento nos muestra a Jesús como el hijo único de Dios y que esto no es una atribución que los discípulos le hicieron posteriormente, sino que Jesús mismo tenía la pretensión de serlo.

Esta relación de Jesús con Dios que es paterno-filial se constituye en buena noticia para nosotros, en salvación, porque a partir de nuestra relación con Jesús, por gracia del Padre y don del Espíritu Santo, podemos nosotros participar también de esa relación. Así lo vemos en la oración que Jesús nos enseñó: El Padre nuestro (ver Lc. 11, 1-4; Mt. 6, 9-13). En esta oración se concentran dos de los tesoros más queridos por Jesús y que nos reveló: su condición de Hijo y en él nosotros; pero además, el centro de toda su predicación: el reinado de Dios, la cercanía de Dios que nos comunica su vida plena.

6.3. Jesús es el Hijo eterno enviado por su Padre

Hay otro grupo de textos del Nuevo Testamento en los cuales se nos habla de Jesús como el enviado-hijo del Padre. Esta categoría de “enviado” es muy importante, porque era la manera que tenían los primeros cristianos de manifestar, al menos, dos ideas:

- a. Que Jesús proviene del seno del Padre, es decir, su origen es desde Dios y su identidad solo se entiende en su particular relación con Dios, como su Padre;
- b. Por lo mismo, es preexistente a la condición histórica presente, esto permitió comprender y formular el hecho de la encarnación: el Verbo eterno de Dios se hizo hombre, Jesús es verdadero hombre y verdadero Dios. Estos importantes misterios de nuestra fe cristiana los abordaremos en el punto siguiente, por ahora, tratemos de ahondar en la importancia del concepto de “enviado”.

Los discípulos de Jesús y primeros cristianos afirmaban que Jesús había sido enviado (ver Gál. 4, 4 y ss.; Rom. 8, 3 y ss.; 1 Jn. 4, 9), esto ya nos revela algo profundo de su intimidad, Jesús viene del seno mismo de Dios, no es simplemente un profeta más, ni un sabio iluminado. Él es cualitativamente diferente a todos ellos (ver Mc. 12, 1-10; Jn. 9).

San Pablo en Filipenses (2, 6-11) nos transmite un himno impresionante en el cual se nos manifiesta la identidad de Jesús con una profundidad admirable, lo cual también ocurre en Colosenses (1, 15-20).

Un texto decisivo para la fe cristiana y la confesión de la identidad de Jesús es el Prólogo del Evangelio de Juan (1, 1-18). Aquí se nos habla claramente de Jesús como el “Logos” (Verbo) eterno de Dios, que es Dios y viene de Dios, que se encarnó, tomó la carne humana y habitó entre nosotros. Ya no hay otra manera de acceder a Dios, sino por medio del logos o Palabra encarnada: “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único que está en el seno del Padre él lo ha contado” (Jn. 1, 18).

6.4. “Y la Palabra se hizo carne” (Jn. 1, 14). La encarnación

El tema de la divinidad de Jesús y la categoría de “enviado” que estudiamos anteriormente, nos ha dejado a las puertas de dos de los más grandes misterios de nuestra fe: la encarnación de la Palabra-Verbo eterno de Dios y la humanidad y divinidad de Jesucristo (conocida técnicamente bajo el nombre de unión hipostática: dos naturalezas en un única persona); ambos misterios de nuestra fe, como podemos darnos cuenta, nos hablan de la identidad de Jesús y están muy relacionados.

Si nos preguntamos quién es Jesús y queremos ir a la profundidad de lo que nos ha sido revelado en la fe, no podemos dejar de lado ambos misterios. Si los dejáramos de lado, correríamos el peligro de malentender otras expresiones de nuestra fe y quedarnos, por ejemplo, con Jesús como puro hombre o como puro Dios, o entenderlo como el más grande de todos los hombres y casi divino. De hecho, sabemos que hoy, lamentablemente, hay muchas personas, algunos incluso se dicen cristianos, que creen que Jesús es simplemente un gran profeta, un hombre sabio, un iluminado, un semidios, el hombre más grande y casi divino, y no dan el paso a la riqueza total del misterio de su persona.

El Catecismo de la Iglesia católica en su n.º 461 nos dice: “la Iglesia llama Encarnación al hecho de que el Hijo de Dios haya asumido una naturaleza humana para llevar a cabo por ella nuestra salvación”.

Salvación para nosotros significa poder entrar en comunión con Dios y participar de su vida, para ello, hemos tenido que ser justificados, sanados de nuestros pecados, es decir, reconciliados. La obediencia de Jesús, su plena libertad para entregarse por nosotros en la cruz, es la manifestación más plena del amor de Dios y de la unión de su Hijo Jesucristo a este mismo amor (Jn. 3, 16; 1 Jn. 4, 14). Por la encarnación y la entrega en la cruz, nosotros conocemos el amor de Dios.

Adicionalmente, la encarnación, como primer acto de amor que se consuma con la entrega en la cruz y la resurrección, más el envío del Espíritu Santo sobre los creyentes, nos eleva a la condición de hijos en el Hijo (ver Gál. 4, 6-7). Por lo tanto, la salvación que nos comunica la encarnación del Verbo eterno implica no solo la sanación (reconciliación por el perdón de los pecados), sino también nuestra elevación a la condición de hijos de Dios y templos del Espíritu Santo.

La encarnación es parte del gran movimiento del amor de Dios que consuma lo que el mismo comenzó en la creación de todo, como primer acto de ese amor que nos salva. Tanto Colosenses 1 como Juan 1 nos abren de tal manera nuestra capacidad de entendimiento, que ahora podemos pre-gustar no solo la divinidad de Jesús y su eternidad en cuanto Hijo-Verbo eterno del Padre, sino además, su mediación en la misma creación: “todo fue creado por él y para él” (1 Col. 1, 16), de tal manera que ahora comprendemos que lo que en el Génesis se nos relataba sobre la creación por medio de la Palabra (dabar) de Dios, en realidad, hay que entenderlo desde Jesucristo: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe” (Jn. 1, 1-3). El Hijo ya está presente en la creación de todo y él llevará todo a su consumación, a la plenitud de la comunión con Dios. Por eso, su resurrección es una nueva creación que hace nuevas todas las cosas: “¡Es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo!”.

6.5. “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc. 14, 39)

Para los evangelios y el Nuevo Testamento es claro que Jesús es verdaderamente hombre. Nació de mujer (Gál. 4, 4; Lc. 2, 16), fue creciendo poco a poco (Lc. 2, 52.), come (Mc. 2, 16, etc.), duerme (Mc. 4, 38), se cansa (Mc. 6, 31), llora (Jn 11, 35), se entristece (Mc. 14, 34), va a una boda (Jn. 2, 2 y ss.), etc.

No obstante, su humanidad nos abre a un misterio aun mayor de su persona, hay en él algo más, los que ven sus obras y acciones y escuchan su palabra se preguntan: “¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?” (Mc. 4, 41), “¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios solo?” (Mc. 2, 7), “¿De dónde le viene esto?” Y “¿Qué sabiduría es ésta que le ha sido dada?” y “¿Estos milagros hechos por sus manos?” (Mc. 6, 2).

La respuesta a estas preguntas nos la da, a veces explícita y otras implícitamente, el mismo Nuevo Testamento. Dentro de las explícitas, está la confesión del centurión, cuando vio la entrega de Jesús en la cruz exclamó: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc. 15, 39). Lo mismo encontramos en la razón que se da para condenar a Jesús: “...porque tú siendo hombre te haces a ti mismo Dios” (Jn. 10, 33). Y en boca de Jesús: “Yo y el Padre somos uno” (Jn. 10, 30). Un texto culminante es Juan 1, ahí claramente se nos narra de manera admirable la divinidad de Jesús, vale la pena leerlo una y otra vez. Pero hay otros textos más sutiles donde se manifiesta la verdadera identidad de Jesús, ya lo mostrábamos en páginas anteriores, cuando hablábamos de Jesús como el Hijo de Dios.

Sabemos que para los judíos el nombre de Dios es sagrado y que no lo pronunciaban, que se dirigían a él como Adonai (Señor) y que además en el Antiguo Testamento había sido nombrado como: “Yo soy” (ver Ex. 3, 6.14). Frente al nombre de Dios solo cabe la reverencia. Pues bien, hay textos sutiles en donde se nombra a Jesús como “Yo soy” y le sigue la postración, por ejemplo: cuando Judas y los guardias buscan a Jesús para apresarle, éste pregunta: “¿A quién buscáis?” y ellos contestaron a Jesús el Nazareno, respondió Jesús: “Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra” (Jn. 18, 6). Es clara la relación que Juan quiere establecer entre Jesús y el sagrado nombre de Dios, puesto que quien está frente a Jesús, está frente a quien tiene la misma dignidad que Yahvé.

No obstante todo lo dicho, hay un texto de enorme profundidad catequética, se trata del episodio de la curación del ciego de nacimiento (Jn. 9). En este texto, si lo leemos con tranquilidad y cuidado, observaremos que en los distintos diálogos de los personajes, se repasan muchas maneras en que podemos responder a la pregunta “¿Quién es Jesús?” y establecer cuál de ellas le hace más justicia a su identidad. Allí se afirma de Jesús que es: “hombre” (10), “un profeta” (17), “hijo de hombre” (35) y siendo todos esos títulos importantes y atribuibles a Jesús, su verdadera identidad y la que mejor le denomina es “Señor”: “Creo, Señor... y se postró ante él” (38).

6.6. La formulación de la fe en Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre

Cada generación de creyentes tiene el reto de ser fiel a la fe recibida por medio de los apóstoles y testigos (Lc. 1, 1-4; Jn. 20, 30; 21, 24). Aunque en la predicación apostólica y el Nuevo Testamento se expresan claramente la humanidad y la divinidad de Jesús, esta realidad no siempre fue bien entendida y asumida por algunos cristianos. La Sagrada Escritura tiene un lenguaje y una manera de expresarse que hay que comprender y respetar. Pero si alguien la lee sin ese respeto y sin ese espíritu, entonces puede sacar conclusiones de fe infieles y erradas. La fidelidad la garantiza la asistencia del Espíritu Santo en la Tradición de la Iglesia, que lee las escrituras y las recibe en fidelidad a la regla de la fe transmitida hasta nosotros por la autoridad apostólica, desde los apóstoles y hasta nuestros obispos. Asimismo, las consecuencias salvíficas para la fe cristiana de la identidad de Jesucristo, requirieron del discernimiento bajo esa misma autoridad apostólica. Debido a esto, conocemos en la historia de la formulación de la fe cristiana acontecimientos eclesiales que fueron clave. Nos referimos a los concilios y la autoridad de los Padres de la Iglesia. Dentro de los concilios destacan: Nicea (325); Constantinopla (381); Éfeso (431); Calcedonia (451); Constantinopla II (553) y Constantinopla III (681).

Muchas de las preguntas que varios cristianos aún hoy nos hacemos acerca de distintas realidades de la fe en Jesucristo encontraron discernimiento vinculante en esos concilios. Los concilios fueron motivados por las afirmaciones y cuestionamientos, a veces correctos y otros

incorrectos, que se hicieron distintos personajes y corrientes de los primeros cristianos. Una síntesis de ellos la encontramos en los numerales 456 al 478 del Catecismo de la Iglesia Católica y a ellos remitimos para que sean estudiados.

Motivados por lo que Pedro dice en su carta: “siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza” (1 P. 3, 15), debemos decir que hay personas que pregonan que muchos de los contenidos de la fe cristiana son invenciones del siglo IV (aludiendo a los concilios), que supuestamente no están en los evangelios, porque no están allí explícitamente. No obstante, hay que decir con dulzura y firmeza que eso es falso. Lo que los concilios hicieron fue formular de un modo claro y preciso la fe cristiana que confesaron los Apóstoles en completa fidelidad a la Sagrada Escritura. Hay que comprender que la fe se expresa a través del lenguaje y muchas veces un contenido invariable debe ser expresado por un concepto, quizás distinto al de siempre, pero que expresa y encierra de mejor manera el contenido invariable de la fe y el espíritu de la Sagrada Escritura correctamente recibida por el mismo espíritu con que fue escrita.

Cualquiera que sea el concepto utilizado para vehiculizar el contenido de la fe, siempre ha recibido un ensanchamiento y horizonte que se corresponde con el de la Sagrada Escritura, especialmente de los evangelios. Este horizonte está dado por la experiencia de la resurrección de Jesús y el derramamiento del Espíritu Santo (Pascua y Pentecostés). Esto fue lo que ocurrió con los conceptos que usaron los Apóstoles y discípulos-testigos de Jesús. Una vez que comenzaron a predicar, utilizaron los conceptos del Antiguo Testamento, de modo que lo comprendieran las personas de origen judío que se convirtieron al cristianismo; lo mismo hicieron con conceptos de origen helénico, para que los comprendieran los cristianos de origen pagano. Pero independientemente del caso, siempre esos conceptos fueron reorientados por la experiencia de la Pascua y del Espíritu Santo.

Hagamos un breve recorrido acerca de los diversos problemas que se suscitaron en los primeros siglos respecto de la identidad de Jesucristo.

a. Sobre la divinidad de Jesús

Pedro afirmaba la divinidad verdadera de Jesús como Hijo de Dios, no por la carne ni la sangre, sino por obra del Padre (ver Mt. 16, 16 y ss.), esto se ve confirmado por un sinnúmero de testimonios en el Nuevo Testamento que ya repasamos. No obstante, algunos cristianos de origen judío entendían aquello de manera diversa. No debemos olvidar que el judaísmo profesa un monoteísmo estricto y, por lo tanto, no fue fácil entender cómo Jesús podía ser Dios sin con ello caer en una fe en dos dioses: Jesús y Yahvé. Existía el peligro de entender la fe en la divinidad de Jesús como una herejía que rompía con el monoteísmo judío (Un solo Dios, Yahvé).

Esta situación, que manifiesta una errada manera de entender la identidad divina filial de Jesús, llevó de hecho a comprensiones equivocadas de la singular relación de Jesús con Yahvé.

1. Una de esas maneras erradas, para salvaguardar la única divinidad de Yahvé y su unicidad divina, veía a Jesús solo como un hombre elegido, favorecido por Dios, como un ungido “adoptado” por Dios para ser portador de su poder; esta doctrina errada fue conocida como “adopcionismo”. Los adopcionistas seguían más bien la idea del Antiguo Testamento, en donde se entendía por “hijo de Dios” a alguien elegido que poseía una protección o presencia divina que lo distinguía del resto, pero que era simplemente un hombre. Es decir, solamente entendida como un título mesiánico, como una denominación del mesías (ver 2 Sam. 7, 1 y ss.).
2. Otro grupo, más influido por la cultura helénica, veía a Jesús como una divinidad inferior o subordinada, es decir, Jesús es divino, pero no de la misma categoría o dignidad de Dios Yahvé. Esta doctrina es conocida con el nombre de “subordinacionismo”. El subordinacionismo conoce una variación denominada “modalismo”, la cual es aparentemente muy lógica y solucionaría varios problemas: en realidad habría un solo Dios, pero este se manifiesta en la historia de diferentes modos, es decir, como Padre, como Hijo, como Espíritu. Pero se trata del mismo sujeto divino, el Padre Yahvé. Una figura muy importante en la elaboración de una doctrina que niega la verdadera divinidad de Jesucristo fue Arrio, porque además de su subordinacionismo afirmaba que el Hijo era creado, es decir, una creatura. Frente a él y las doctrinas descritas reaccionó el Concilio de Nicea I (325), porque claramente esta no era la fe apostólica,

ni la experiencia de salvación que los cristianos encontraron en Jesucristo y su relación con su Padre (Yahvé).

El concilio reunido en Nicea I tuvo que buscar un concepto extrabíblico que no dejara dudas sobre lo que la fe de siempre quería decir cuando llamaba a Jesús “Hijo de Dios” y afirmaba su divinidad. Para ello, recurrió a la palabra griega *homousios*, que significa ‘de la misma sustancia’: aunque el Hijo y el Padre son distintos, son de la misma sustancia, la divina. Es decir, que Jesús, como Hijo, tiene la misma dignidad divina que Yahvé, su Padre. Hijo y Padre tienen la misma dignidad. Pero Jesús como Hijo no es el Padre. Por ello, además, se mostró que a la misma dignidad le seguía una diferencia relacional: Jesús es el Hijo engendrado eternamente por el Padre y no es creado, pertenece eternamente al ámbito de Dios y no de las creaturas.

De esta manera, lo que se hacía era manifestar y formular, clara y vinculantemente, la verdadera naturaleza eterna y divina del Hijo de Dios. Podemos afirmar que: la fe que aquella tarde profesó Pedro en Cesárea de Filipo es la misma que nosotros manifestamos hoy en el que llamamos “Credo”. La confesión de que Jesucristo es divino va de la mano con la confesión-revelada de que el único Dios vivo y verdadero es un Dios Trinitario, es en sí mismo relación. Confesar esto es un don maravilloso que solo puede degustarse a la luz del encuentro con Jesucristo y el Espíritu Santo.

b. Sobre la humanidad de Jesús

También la verdadera humanidad de Jesús se vio cuestionada. ¿Cómo es posible que Dios se haga hombre?, ¿cómo es posible que lo espiritual-divino asuma la carne y la historia humana? Estas preguntas y otras, respondidas desde puntos de vista diversos y lógicos, llevaron a respuestas que tampoco se correspondían con la fe apostólica atestiguada en el Nuevo Testamento. El misterio que es siempre revelado no puede caber en una lógica o en una visión cultural o filosófica que no ha sido, previamente, ensanchada por la fe.

El orden de los factores en cuestiones teológicas y de fe altera gravemente el producto (al contrario que el principio matemático). La fe ensancha la razón. La humanidad verdadera de Jesús y la verdad de la encarnación solo pueden ser correctamente entendidas a la luz de la fe. Una manera errada de concebirlas la encontramos en una doctrina muy importante e influyente: el docetismo de origen gnóstico. El desprecio de la materialidad y la corporeidad llevó a promover la idea de que lo divino (perfecto y eterno) no podía asumir la humanidad (imperfecta y caduca). Así Jesucristo, como el verbo eterno de Dios, no podía ser verdadero hombre, en sentido de llegar a ser en la carne (humana). Por lo tanto, solo tendría una corporeidad humana aparente y no verdadera. Como describimos en su momento, es claro para los evangelios que Jesús es hombre verdadero. Esto defendieron fuertemente los Padres de la Iglesia: porque si el Verbo no se ha encarnado y Jesucristo no es verdaderamente hombre, entonces, nuestra condición humana no ha sido salvada: “Lo que no es asumido, no es redimido”. El ser humano seguiría en una total lejanía de Dios, que le impediría participar de la vida de Dios. Claramente, esta no era la fe de los cristianos. Verdaderamente el Verbo había venido en carne humana (ver 1 Jn. 4, 2-3). Este es un gran misterio revelado y por eso trae salvación y vida eterna.

c. Sobre cómo puede comprenderse la divinidad y la humanidad de Jesucristo, de modo de ser solo una persona (sujeto) divina

Esta cuestión fue mucho más compleja y necesitó de mucho más tiempo para ser explicitada y formulada claramente. La fe es de una simpleza increíble y encuentra en la adoración y la alabanza (oración y celebración) su máxima expresión. Pero pertenece a la condición humana, como don de Dios para que lo amemos más y mejor, la capacidad de preguntarnos y ahondar en el misterio revelado. El discípulo acepta la invitación de Jesús que nos dice: “Venid y veréis” (Jn. 1, 39). Queremos verdaderamente amar-conocer más y mejor a Jesús. Pero ese camino debe ser guiado por el Espíritu y conforme con la fe y tradición apostólica (la regla de la fe).

Una vez que se ha reconocido la verdadera humanidad y divinidad de Jesús, surge la necesidad de tratar de comprender cómo es posible que ambas naturalezas conformen un solo sujeto o “persona” divina: Jesucristo, el Hijo de Dios y Señor. En este proceso, fue sobresaliente el

concilio de Calcedonia (451), aunque también fueron de importancia para aclarar la identidad de Jesucristo el concilio de Éfeso y los concilios celebrados en Constantinopla II y III (ver Catecismo de la Iglesia Católica, n.º 466-478).

La respuesta más sutil como equivocada (porque parece lo lógico) es que la naturaleza humana había desaparecido o había sido absorbida al ser asumida por el Verbo eterno, por lo tanto, la naturaleza humana habría desaparecido por la unión con la naturaleza divina. A los cristianos que compartían dicha creencia se les llamó “monofisitas”, porque afirmaban solo una naturaleza en Jesús: la divina.

Los concilios de Calcedonia, Constantinopla II y III explicaron y formularon la auténtica fe cristiana. En Jesucristo hay una sola Persona divina, pero en dos naturalezas. A la unión (sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación) en la única persona divina de Jesucristo de la naturaleza humana y naturaleza divina, se le conoce con el nombre de “unión hipostática” (en la única persona divina del Verbo encarnado).

Aunque jamás hay confusión ni mezcla entre ambas naturalezas (la naturaleza humana y la naturaleza divina), pero tampoco separación, los padres de la Iglesia fueron comprendiendo que en virtud de la unión en la única persona divina del Hijo de Dios, entre ambas naturalezas se daba una compenetración mutua o “intercambio de propiedades”. Esto permitía atribuir a la única persona divina de Jesucristo las propiedades de cada una de sus dos naturalezas, la humana y la divina.

Como vimos en puntos anteriores, es claro en los Evangelios que Jesús es hombre y también es claro que es divino. Pero no hay dos Jesucristos, sino solo un único Hijo de Dios, verdaderamente hombre y verdaderamente Dios. En un solo sujeto, en una sola persona (hipóstasis es la palabra teológica) concurren dos naturalezas que están unidas en su persona, sin cambiarse, sin confundirse, sin dividirse y sin separarse. La buena comprensión de este misterio de la “unión hipostática” y la “comunicación de propiedades” es muy importante y tiene repercusiones pastorales, porque de ello depende la buena formulación y respuestas de muchas preguntas que nos hacemos, así como el compromiso de la Iglesia y su modo de encarnarse en el mundo. Por ejemplo, muchas personas cuando quieren justificar su tibieza en el discipulado de Jesucristo dicen: “pero es que él era Dios”. La unión hipostática y sus consecuencias nos muestra que él

asumió en todo la condición humana, asumió nuestro pecado y se anonadó a sí mismo (kénosis; ver Flp. 2, 6-11; Hb. 4, 15 – 5, 10). Preguntas tales como: ¿tenía fe Jesús?, ¿cómo es posible que si era Dios muriera en la Cruz y sufriera?, ¿cómo María puede ser la Madre de Dios?, ¿sabía Jesucristo todo?, ¿cómo debemos entender el misterio de la Iglesia?, solo pueden comprenderse bien a la luz de estos misterios revelados.

El misterio de Dios hecho hombre no significa que Jesucristo sea en parte hombre y en parte dios, ni que sea una mezcla confusa entre lo divino y lo humano. Él se hizo verdaderamente hombre, sin dejar de ser Dios-Hijo. El criterio de discernimiento no es otro que la realidad de la salvación, esto es, solo Dios puede salvar y si Jesucristo no es Dios, entonces, no estaríamos salvados. En Jesucristo se encuentra Dios mismo donado, de tal manera, que el hombre puede vivir la vida de Dios, se ha producido el “admirable intercambio”: Dios se hace hombre, para que el hombre viva la vida de Dios.

Actividades sugeridas

- Dada la importancia de este capítulo es muy importante complementarlo con la lectura y estudio de los numerales 456-478 del Catecismo de la Iglesia Católica. Una vez leídos, los puede comentar en grupo.
- Puede hacerse una ronda de preguntas: ¿cómo describen a Jesucristo los libros que circulan hoy, las películas, los documentales que pasan por televisión? ¿Estas imágenes se corresponden con la fe cristiana?

7. ¡Hemos encontrado al mesías! (Jn. 1, 41)

7.1. El encuentro con Jesús nos convierte en discípulos y misioneros

La experiencia cristiana es que quien se encuentra con Jesús se encuentra con Dios, porque por don suyo participamos de su única relación filial con el Padre. La identidad de Jesús transforma nuestra propia identidad y se despliega como camino hacia el encuentro con Dios y en la apropiación de su vida. Convertirnos en discípulos de Jesucristo requiere del encuentro previo y permanente con él. A modo de ejemplo, podemos mirar tres episodios de los Evangelios:

- El encuentro de Jesús con Juan y Andrés (Jn. 1, 35-42);
- El encuentro con los discípulos de Emaús (Lc. 24, 13-35);
- El encuentro con la mujer samaritana (Jn. 4, 1-42).

Todos ellos tienen un esquema común de fondo: como fruto del encuentro-experiencia con Jesús, brota el deseo de seguirlo (discipulado) y de anunciarlo (misión), a la vez que se nos presenta la nueva condición a la que estamos invitados, participar de su vida y ¡disfrutarla!

Aquello que le ocurrió hace veinte siglos a los discípulos nos sigue ocurriendo hoy a nosotros. Ser discípulo no es simplemente decidir serlo, tampoco es que hayamos sido atraídos por un conjunto de ideas, doctrinas y ni siquiera porque nos parezca atractiva su forma de vida (que lo es); todo lo anterior solo cobra sentido si previamente el Señor Jesús ha salido a nuestro encuentro y nosotros lo hemos acogido (ver Encíclica Dios es Amor, n.º 2).

¿Dónde nos encontramos con Jesús hoy? Los obispos latinoamericanos nos lo han recordado en el Documento de Aparecida (ver Aparecida n.º 243 y siguientes): “El encuentro con Cristo, gracias a la acción invisible del Espíritu Santo, se realiza en la fe recibida y vivida en la Iglesia” (Aparecida n.º 246). La Iglesia nos presenta las Sagradas Escrituras, en ellas nos encontramos con Jesús. Su lectura, escucha, oración y meditación personal y comunitaria (Lectio divina) es imprescindible para el verdadero discípulo.

Otro lugar privilegiado para el encuentro con Jesucristo es la sagrada liturgia. Donde mejor se alimenta y testimonia la fe es en la adoración litúrgica, allí se expresa nuestra alabanza y nuestra

condición de hijos de Dios. En la liturgia celebramos nuestra fe y adoramos a Dios. Y dentro de la liturgia cristiana, el lugar privilegiado es la celebración de la Eucaristía. La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo. “En cada Eucaristía, los cristianos celebran y asumen el Misterio Pascual, participando en él. Por tanto, los fieles deben vivir su fe en la centralidad del Misterio Pascual de Cristo a través de la Eucaristía, de modo que toda su vida sea cada vez más vida eucarística (Aparecida, n.º 251).

Por eso es tan importante la participación activa en la Eucaristía dominical, así como la preparación y participación en los demás sacramentos. Otro lugar para el encuentro con Jesucristo lo constituye la oración personal. Esta es imprescindible para cultivar la relación con Jesús:

La oración personal y comunitaria es el lugar donde el discípulo, alimentado por la Palabra y la Eucaristía, cultiva una relación de profunda amistad con Jesucristo y procura asumir la voluntad del Padre. La oración diaria es un signo del primado de la gracia en el itinerario del discípulo misionero (Aparecida n.º 255).

Por lo anterior, “es necesario aprender a orar, volviendo siempre de nuevo a aprender este arte de los labios del Maestro (Aparecida n.º 255). Hay que dejarse tiempo para orar y aprender a hacerlo.

También nos encontramos con Jesús en la vivencia del amor fraterno, en la búsqueda de la justicia, en las expresiones de cercanía y acogida de los pobres, enfermos, marginados, en los que sufren. Jesús está presente en medio de una comunidad viva, en la fe y en el amor fraterno. Allí él cumple su promesa: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18, 20). Está en todos los discípulos que procuran hacer suya la existencia de Jesús, y vivir su propia vida escondida en la vida de Cristo (ver Col. 3, 3). Ellos experimentan la fuerza de su resurrección hasta identificarse profundamente con Él: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gál. 2, 20)” (ver, Aparecida n.º 256).

7.2. El discípulo se convierte en misionero

Quien se encuentra con Jesús y se convierte en su discípulo busca compartirlo con los demás, anunciarlo a otros. Eso es, por ejemplo, lo que sucedió con Andrés quien le anunció a Simón: “¡Hemos encontrado al Mesías!”. La relación de amistad que se establece con Jesús implica la invitación a una tarea: es el llamado al apostolado y la misión (ver Mc. 3, 13 y ss.; Lc. 5, 1 y ss.), el discípulo se convierte en un enviado- misionero.

Jesús prepara a los discípulos para la misión cultivando su vida interior por medio de la oración y la contemplación (Lc. 11, 1 y ss.; Mt. 17, 1 y ss.); les enseña el corazón del Reino por medio de las Parábolas (Mc. 4; Mt. 10) y de las bienaventuranzas (Mt. 5; Lc. 6). Además, Jesús los prepara para la prueba y la crisis que necesariamente implica el camino del discipulado (Jn. 6, 67 y ss.; Jn. 21, 15 y ss.). Estas crisis fortalecen al discípulo y lo preparan para la misión, para ello hay que estar atentos, ser humildes y dejarse moldear. Todo lo dicho implica que ser discípulo misionero de Jesucristo requiere un itinerario formativo que ocurre a lo largo de toda la vida de la persona y según las etapas de la vida. Es un proceso y una relación permanente.

Por último, cada discípulo acompañado por sus pastores y la comunidad debe preguntarse por aquellas personas, ambientes y lugares que requieren el anuncio del evangelio y un encuentro con Jesucristo.

7.3. La conversión como proceso permanente del discípulo misionero

El encuentro de Jesús con la mujer samaritana (Jn. 4) nos muestra que la misión es comunicación de la experiencia de encuentro con Cristo, exigencia de testimoniar el amor fraterno y la comunión. Nos muestra que la misión implica la conversión permanente. El discípulo y misionero busca la conversión permanente. Hablar de seguimiento de Cristo es hablar de conversión, de venderlo todo, en la expresión evangélica, con tal de adquirir la perla y el tesoro escondido que representan

el seguir a Jesús (ver Mt. 13, 44-46). Solo Dios puede exigir un seguimiento así, y es que seguir a Jesús es seguir a Dios, el único Absoluto.

Al respecto, escribieron los Obispos en Aparecida:

La Conversión: es la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor con admiración, cree en Él por la acción del Espíritu, se decide a ser su amigo e ir tras de Él, cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida. En el Bautismo y en el sacramento de la Reconciliación, se actualiza para nosotros la redención de Cristo (n.º 278b).

Podemos tomar el ejemplo de Pedro (Lc. 5, 11 y ss.; Mt. 16, 22 y ss.; Mt. 26, 33 y ss.; Jn. 21) para mostrar que la conversión es permanente. No hay solo una primera conversión coincidente con el primer encuentro con Jesucristo, sino muchas. Las mismas pruebas y crisis que se dan en el seguimiento y la misión pueden constituirse en llamadas a una conversión más profunda que conforme un discipulado cada vez más maduro. La crisis de Pedro le hizo comprender hasta qué punto su conversión era superficial. Su autosuficiencia y modos humanos se derrumbaron. Pero Jesús aprovecha esta crisis para volver a llamarlo a una conversión más madura y decisiva (Jn. 21, 1-19), a una relación más profunda y libre.

El discípulo y misionero está atento a discernir las tentaciones. La presencia del mal, el pecado y la ceguera hacen necesario la actitud del discernimiento para no caer en tentación. La inserción en Jesucristo y su misión implican para cada discípulo bautizado la apropiación de los misterios de la vida de Jesús, esto incluye la cruz. Cargar con la propia cruz, asumir la cruz propia, vivir también con la esperanza de que Jesús venció la muerte y que la última palabra la tiene la resurrección, la vida. Lo último no es la cruz, sino la resurrección.

El discípulo y misionero, configurado con su Señor, busca forjar un corazón misericordioso, busca la reconciliación y el perdón cuando hace falta. La caridad y la misericordia distinguen al corazón de Jesucristo, él fue quien amó hasta el extremo, nos mostró el amor del Padre y nos invitó a amar como él. El hacerse prójimos, cercanos, fraternos, serviciales, trabajadores por la justicia, deberían ser algunas de las características por las cuales puede identificarse a los discípulos de Jesús (Mt. 25, 31 y ss.; Lc. 10, 29 y ss.; Lc. 15; Jn. 14-15). La misericordia, el perdón de

las ofensas son la otra cara del amor fraterno. Si la misericordia como compromiso construye la fraternidad, el perdón mutuo la reconstruye y la consolida; evita que la división y el rencor que producen las ofensas debiliten o paralicen la comunidad.

7.4. La relación con Jesucristo la ejercemos en la oración, la celebración eucarística y el ejercicio del amor al prójimo

Jesús nos dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí conoceréis también a mi Padre” (Jn. 14, 6-7). Somos discípulos de Jesús porque hemos encontrado en él lo que buscábamos: vida en abundancia. Creemos que solo él puede saciar nuestro corazón y todas nuestras búsquedas y anhelos. Él es la fuente, la meta y el mismo camino. Ser discípulo es haber encontrado, pero seguir adelante ahondando (ver Flp. 3, 8-21). Ese camino que lleva a la vida plena, requiere encuentro permanente, conversión permanente, alimentar la fe, celebrarla, testimoniarla.

Ya la experiencia cotidiana nos dice que a las personas se les conoce con los años, por el camino de la vida y que el amor verdadero se cultiva y se expresa. Ser discípulo de Jesús implica hacer un camino, que comienza con el encuentro con él y la conversión; con una particularidad: ese encuentro y esa conversión deben renovarse constantemente. La relación personal y comunitaria con Jesús la cultivamos a través de la oración, la adoración personal, la celebración comunitaria de la fe y las relaciones fraternas.

Jesús llamó a los primeros discípulos en primer lugar para que estuvieran con él (ver Mc. 3, 14). Nunca debemos olvidar que ser discípulos de Jesús implica antes que nada “gustar” de él, “permanecer” con él, “pasar el tiempo” con él (ver Mc. 6, 31-34; Jn. 15, 4-7). Tantas veces el activismo nos pone ansiosos, nerviosos y se nos olvida lo más importante que es estar con Jesús, disfrutarlo (ver Lc. 10, 38-42). Ciertamente cultivar nuestra relación con Jesús necesita tiempo y disposición, requiere una opción, ya que siempre habrá muchas otras cosas y personas que reclaman nuestra atención y tiempo.

Jesús mismo oró y enseñó a sus discípulos a hacerlo. La oración no es una cita con el silencio, ni la soledad; silencio y soledad (cuando es oración personal) son signos de un encuentro con Dios Padre, por medio de su Hijo y en el Espíritu. La oración es comunión de amor con el Padre: “Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea perfecto” (Jn. 16, 24).

Como hemos dicho Jesús oraba, los Evangelios nos dicen que esa oración estaba aun más presente en los momentos decisivos, como en su bautismo (ver Lc. 3, 21), en la transfiguración (ver Lc. 9, 28), al elegir a los doce (ver Lc. 6, 12), antes de su Pasión (ver Lc. 22, 41-44). Los Evangelios conservan dos oraciones explícitas de Cristo, en ambas comienza dando gracias y expresa la adhesión y filiación con su Padre y la confianza de que es escuchado (ver Mt. 11, 25-27; Lc. 10, 21-23; ver Jn. 11, 41-42).

La oración de Jesús provocó el deseo de los discípulos de aprender a hacerlo: “Maestro, enséñanos a orar” (ver Lc. 11, 1). A partir de esto podemos concluir que si nosotros oramos, seguramente habrá muchas personas que deseen hacerlo. Orar y enseñar a orar es una forma importantísima de ser misioneros. La oración es expresión y camino de conversión. Justamente el pecado lo que hace es encerrarnos en nosotros mismos, crear la falsa idea de que somos autosuficientes, de que podemos autosalvarnos. La oración muestra, al contrario, la total apertura al Padre, como el niño que confiado todo lo espera de su padre. Orar implica abrirse a la voluntad de Dios Y, por eso mismo, es expresión de la fe, de la confianza, de saberse escuchado (ver Mc. 1, 40-41; Mc. 5, 36; Lc. 23, 39-43; Mt. 9, 27).

Para Jesús era tan importante que sus discípulos aprendieran a orar que hizo alusión a ello en varias parábolas. Por ejemplo, en Lucas (11, 5-13; 18, 1-14), de cuya lectura sacaremos mucho provecho. La oración del Padre Nuestro es muy importante (ver Lc. 11, 1-4; Mt. 6, 9-13). Esta oración está también en el corazón de nuestras celebraciones cristianas, cada día y cada domingo. Es un verdadero resumen del Evangelio de Jesús, de lo que hay en su corazón: la invocación de Dios como Padre; el acercarse a él con toda confianza; el saber que somos hijos suyos y hermanos entre nosotros; la afirmación de la majestad y poder de Dios. Cada vez que el discípulo reza el Padre Nuestro se está identificando con Jesús, con su corazón. Pero también está gozando de su nueva condición de: hijos en el Hijo.

Los discípulos no solo podemos disfrutar de la amistad y de la relación con Jesucristo por medio de la oración. La Eucaristía es una instancia privilegiada de encuentro con Jesucristo, de relación y comunión con él y, desde él, con los hermanos. Lucas nos muestra hermosamente esta situación en su capítulo 24, 13-35. Aquí se muestra a Jesús resucitado que sale al encuentro de dos discípulos. Igualmente, Jesús resucitado de diversas maneras sale al encuentro de nosotros hoy, en nuestra vida, en nuestra historia. ¡Hay que estar atentos!

Luego de escucharlos, les comparte la luz que hay en las Sagradas Escrituras, les muestra que él es esa luz plena que nos permite ver (ver Sal. 36, 10; Jn. 8, 12). Luego permaneció con ellos y compartió la mesa y la cena (atardecía). Si nos damos cuenta, este relato es una forma muy hermosa de mostrarnos que los discípulos se encuentran con Jesús y renuevan su fe y su esperanza en la celebración de la Eucaristía. En ella, no solo escuchamos la Palabra de Dios, sino que el relato nos muestra las palabras que en ella se invocan: “tomó el pan”, “pronunció la bendición”, “lo partió” y “se los iba dando” (30). Estas acciones y estos gestos, que nos hacen presente a Jesús provoca que “se nos abran los ojos y lo reconozcamos” (31).

Por último, y no menos importante, los discípulos estamos invitados y diríamos capacitados por la gracia, para continuar con el movimiento de Dios que sale de sí, que se hace prójimo y cercano, que se entrega y sirve. En este movimiento de “salida”, inaugurado y realizado por Dios mismo (ver Gál. 4, 4-7), los discípulos participando de la alegría del evangelio, salen al encuentro de todos.

El papa Francisco nos ha dicho: “La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (ver, 1 Jn. 4, 10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos” (Evangelii Gaudium, n.º 24).

Dos de los textos de los evangelios que mejor nos manifiestan la posibilidad de participar de este movimiento del Dios en salida, concretado en Jesús y sus opciones son la parábola del buen samaritano (Lc. 10, 25-37) y el escrito sobre el juicio final (Mt. 25, 37-45). El discípulo se identifica con las opciones de Jesús, con la vida de Jesús. La vida del discípulo realiza la vida de hijos en el Hijo con la fuerza del Espíritu Santo. La vida del discípulo es participar de la vida de Dios. La alegría del discípulo es haber encontrado el tesoro donde no llega ni el ladrón ni la polilla (ver Mt. 6, 19-20).

Actividades sugeridas

- Invito a leer despacio y comentar lo que de la oración nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica, n.º 2777–2856.
- Conversar en grupo las siguientes preguntas: ¿cómo ha sido mi encuentro con Jesucristo?, ¿cuáles son las alegrías más grandes que tenemos como discípulos y cuáles las dificultades?, ¿qué hacemos para mostrar la alegría del evangelio y de ser discípulos?, ¿cómo está celebrando su fe nuestra comunidad y parroquia?, ¿cómo está saliendo al encuentro de los alejados, los fríos, las personas dolidas, etc.?



“...y vosotros... quién decís que soy yo”

(Mt. 16, 15)

Bibliografía sugerida

Hay muchos buenos libros de Cristología y sobre Jesucristo. Al lector interesado en profundizar le recomiendo hacer un curso sistemático. Hoy se ofrecen muchos en las facultades de teología y en las parroquias. La bibliografía que presento es muy básica y pretende ayudar en una primera profundización. De todas maneras, ya el lector fue advertido desde el comienzo que este escrito solo pretende ser una guía para leer los textos bíblicos que aparecen en el contenido del librito. Para ello, se recomienda usar la *Biblia de Jerusalén* y repasar la fe de la Iglesia expuesta en el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Arias, M. (1982). *Jesús el Cristo*. Paulinas: Santiago de Chile.

Benedicto XVI. (2008-2012). *Jesús de Nazaret*. Volúmenes del I-III.

Fernández Eyzaguirre, S. (2007). *Jesús. Los orígenes históricos del cristianismo: desde el año 28 al 48 d. C.* Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.

Gnilka, J. (1995). *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*. Herder: Barcelona.

González de Cardedal, O. (2012). *Cristología*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Kasper, W. (2002). *Jesús, el Cristo*. Salamanca: Sígueme.

Kessler, H. (2003). *Manual de cristología*. Barcelona: Herder.

Ruiz Díaz, A. y Calvo, M. (1997). *Para leer una cristología elemental. Del aula a una comunidad de fe*. Estella: Verbo Divino.

Esta obra se editó en Ediciones USTA, Departamento Editorial de la
Universidad Santo Tomás. Se usó papel bond beige de 280 gramos
para la carátula y papel propalmate de 70 gramos para páginas
internas. Tipografía: Alegreya.

Impreso por Itedris División Impresos.

2015



Patricio Merino Beas
es doctor en teología siste-
mática, académico del Instituto de
Teología de la Universidad Católica de la
Santísima Concepción (Concepción-Chile),
profesor de la Facultad de Teología de la Univer-
sidad Santo Tomás (Bogotá-Colombia) y del Centro
Bíblico, Teológico y Pastoral para América Latina y
El Caribe (CEBITEPAL - CELAM).

Entre sus escritos se destacan: *Teología Latinoame-
ricana y Pluralismo Religioso* (2012); *La Categoría
Teológica Signos de los Tiempos: Desde el Concilio
Vaticano II hasta el Pentecostés de Aparecida y
Francisco* (2014); *La otra economía: El Dios
en salida como fundamento y contenido
de la Evangelii Gaudium* (2014).

